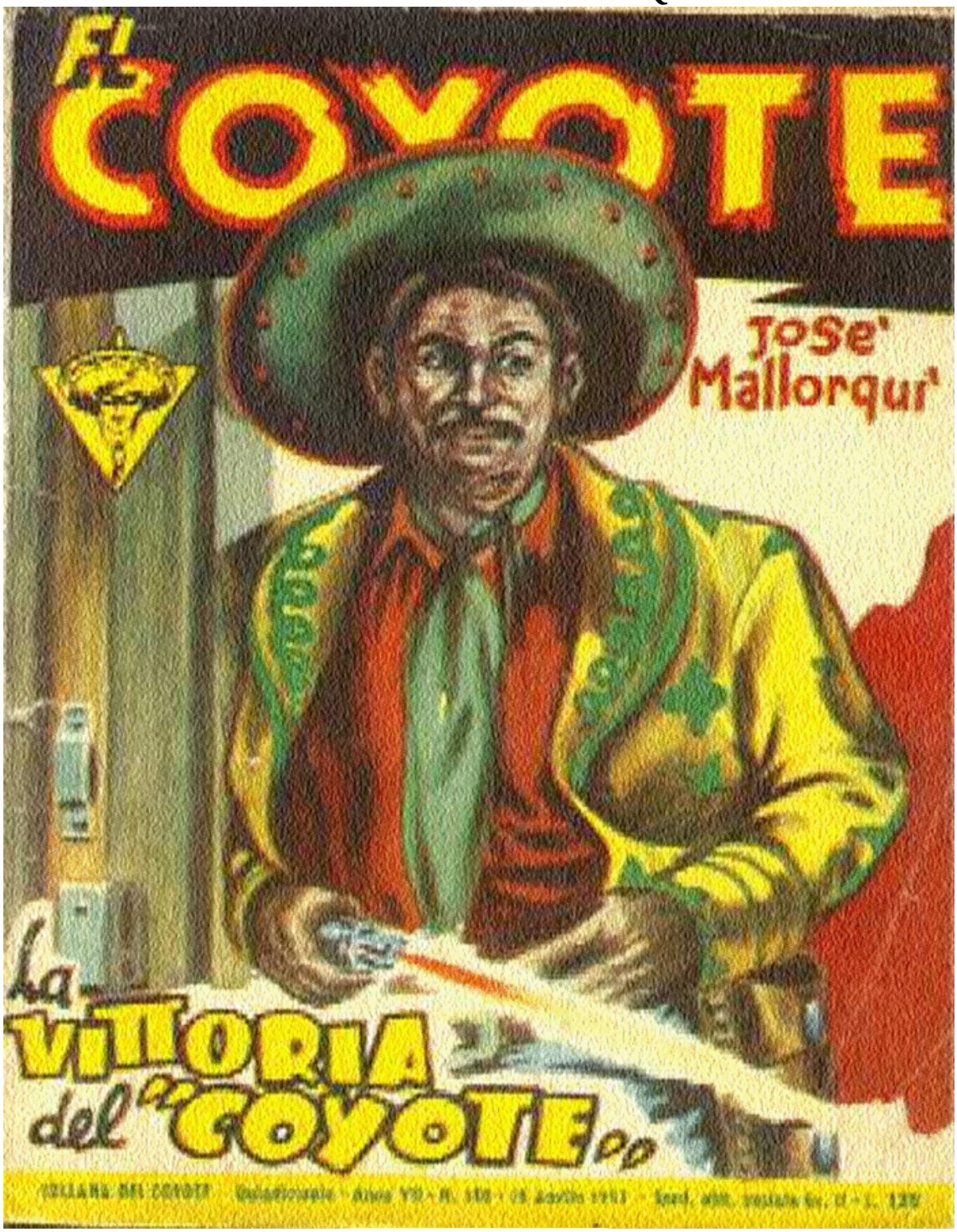
La victoria del Coyote

JOSÉ MALLORQUÍ



LIBROdot.com
http://www.librodot.com



Prólogo

-Jorge, sé positivamente que vas a tu perdición. Sé, también, que no mereces que me moleste en ayudarte; pero no lo hago por ti. No te ofrezco este dinero por salvar tu buen nombre, sino el de tu padre. Los Azcón fueron, hasta que tú naciste, una de las más honradas familias de California. Ahora, gracias a ti, su prestigio se vendrá por tierra y todos podrán mancharlo con sus comentarios.

El joven miró rabiosamente al hombre que tenia delante. En aquellos momentos odiaba a quien tantas veces había admirado.

-Yo no le he pedido su ayuda, señor *Coyote* -dijo con voz temblorosa por la ira-. Yo no le he pedido que viniera a hacer de fantasma en esta casa. Puede volverse por donde ha entrado. ¡No le necesito!

El Coyote sonrió tristemente. La luz de las velas que alumbraban el cuartito de Jorge Azcón se reflejó en su rostro.

-Ya sé que no has pedido mi ayuda -replicó-. Tu orgullo no te lo permite. En eso eres todavía un caballero; pero, en cambio, ese orgullo no te impide hacer amistad con quien no debieras y jugarte lo que no es tuyo. Tu padre se ha visto obligado a traspasarte sus poderes, porque sus ojos ya no pueden distinguir el día de la noche. Para él sólo hay noche. Y tú, valiéndote de esa desgracia, has derrochado su fortuna.

-Era una fortuna sin importancia. Unos miles de pesos...

-Cien mil -replicó *El Coyote-.* Los mismos que yo te vengo a ofrecer.

-¿Quién le ha dicho que los necesito?

-Lo sospecha todo Los Ángeles! Nadie ha tenido que decírmelo.

-En esta ocasión, señor *Coyote,* se ha pasado usted de listo. No me hace falta dinero.

-Sé que mañana podrían echaros, a ti y a tus padres, de esta casa. ¿Te gustará ver a tu padre, ciego, abatido por los años y los sufrimientos, derrumbarse bajo un último y más violento pesar?

-Ya le he dicho que no quiero su ayuda -insistió Jorge.

-¿Acaso piensas ir a pedirle auxilio a tu novia? ¿O es que ya te ha dado su dinero y te lo has gastado como te gastaste...?

-¡Cállese! No le permito que siga hablando así. Le juro que si tuviese un arma en mis manos le obligaría a pedir perdón. Es muy fácil hablar alto cuando se llevan dos revólveres encima y cuando el otro va desarmado.

-No he venido a poner en tela de juicio mi valor o mi cobardía, Jorge. He venido a ayudarte. Creí que lo agradecerías.

-Pues se equivocó. Además, yo no soy un admirador de usted, don *Coyote.*

-En un tiempo lo fuiste, Jorge. Te oí decir que yo era un gran hombre. ¿O es que ya lo has olvidado?

-¿Dónde oyó usted eso?

-En una ocasión en que asistíamos juntos a una misma fiesta. ¿Ya has pensado en que Alicia se verá obligada a separarse de ti? Cuando sea pública tu ruina, ella no podrá continuar de ninguna manera a tu lado.

-Mi ruina no se hará pública -replicó Jorge, mientras pensaba que era un loco al rechazar la ayuda que podría ponerle a salvo de los que al día siguiente le exigirían dinero o entrega de haciendas y casas; pero *El Coyote* le había humillado excesivamente para que su orgullo le permitiera rebajarse. Por lo menos ante él, quedaría como un hombre. Pero, ¿de veras quedaría cómo un hombre? No estaba muy seguro de la respuesta.

-¿Rechazas mi ayuda? -preguntó *El Coyote-.* ¿Estás decidido? No volveré a ofrecértela.

-Ni yo se la pediré.

-Supongo que no te das cuenta de que estás perdido. No podrás hacer frente a tus deudas. Deshonrarás tu apellido, que es uno de los más ilustres.

-Eso es cuenta mía. No creo que esa máscara encubra el rostro de ningún Azcón. ¿O acaso sí?

-No. Si yo tuviese el honor de ser un Azcón, te obligaría a que te portaras honradamente. No lo soy y no puedo hacerlo. Creí que te habían hundido más por ingenuidad que por otra cosa. Allá tú con tu suerte. Adiós, Jorge. Algún día te arrepentirás de lo que hoy haces.

Sin apartar la vista de Azcón, *El Coyote* fue retrocediendo hacia la puerta del cuarto y salió por ella. Jorge no hizo intención de seguirle, ni mucho menos de dar la voz de alarma y anunciar que acababa de recibir una visita del *Coyote.* Hubiese tenido que dar muchas más explicaciones y en aquellos momentos el dar explicaciones era lo que no deseaba.

Aquella noche, el joven casi no pudo dormir. Tenía la seguridad de que era la última noche que pasaba en aquella habitación y al pensar en el inmediato mañana no podía dejar de sentir una profunda amargura y un gran desprecio hacia sí mismo.

Los Azcón no fueron nunca grandes terratenientes. Sus propiedades eran de las mejores, pero escasas. Daban para bien vivir, y hasta que su administración pasó a manos de Jorge, debido a la ceguera de su padre, en el hogar de los Azcón había reinado siempre la abundancia.

Pero Jorge había creído descubrir el mundo al llegar a la conclusión de que, en una noche afortunada, con los naipes era posible ganar más que en un año de trabajo monótono.

En unos meses derrochó el capital que se conservaba en el Banco; luego empezó a hipotecar sus fincas. Al fin había llegado el momento en que, siendo imposible obtener dinero para pagar los intereses de los préstamos, sus acreedores acudirían a hacerse cargo de las propiedades.

Jorge Azcón se dijo más de una vez que había sido un loco al no aceptar la oferta del *Coyote.* Siempre hubiese sido mejor su auxilio que el de aquel misterioso Jedd Truman, que el día antes le ofreció resolver todos su problemas económicos a base de obtener su complicidad en algo que no resultaba muy claro.

* * *

Jedd Truman habíase sentado delante de Jorge. Eran las ocho de la mañana, pero el forastero parecía llevar varias horas despierto. Jorge Azcón le miró nerviosamente. En su rostro se acusaban las huellas del insomnio y de la inquietud que llenaba su alma.

Su visitante le observó, sonriente, preguntando al fin:

-¿Ha tomado ya una decisión?

-No... todavía no.

-¿Cree que le sobra tiempo?

-Ya sé que no; pero... si supiese con exactitud lo que usted desea.

-No puedo exponerle mis deseos antes de conocer su decisión -replicó Truman-. Si quiere que se proceda al desahucio, yo no tengo nada que hacer aquí. Si, por el contrario, quiere usted luchar, entonces puedo ayudarle.

Jorge se había dado ya por vencido y, lentamente, contestó:

-Quiero luchar, señor Truman.

Jedd sonrió. Era un hombre recio, producto típico de las regiones donde sólo sobreviven los más fuertes, moral y físicamente. Vestía con sencillez y su rostro era enérgico, aunque sus ojillos tenían una expresión de astucia impropia de un hombre como él.

-Ya suponía que aceptaría, señor Azcón -dijo-. Ayer pagué todas sus deudas y aquí están los recibos. -Mostró un sobre alargado, dentro del cual parecía haber un gran número de documentos-. Desde luego, no se embarca usted en una expedición de placer. Junto a nosotros podrá ganar mucho dinero y disfrutar de la vida; aunque tendrá que exponerse a muchas cosas que tal vez, de momento, le molesten, pero a las cuales se irá acostumbrando.

-¿Se trata de algo ilegal? -preguntó Azcón.

-En la vida, señor mío, el dinero nunca ha sido fácil -replicó Truman-. Para conseguirlo ha sido preciso trabajar mucho. Usted puede obtener buenos beneficios y trabajará poco. ¿Le interesa?

-¿Y si rechazara la oferta? ¿Qué ocurriría?

-Entre otras cosas, sucedería que mañana, o esta tarde, serían desposeídos us-

tedes de cuanto poseen.

-¿Y si yo prometiese pagarle...?

-Un momento, señor Azcón. No siga por ese camino. Si yo creyera que usted iba a pagarme algún día sus deudas, demostraría ser un ingenuo. No lo soy, ni mucho menos.

-Pero, ¿qué necesitan de mí?... ¿Qué puedo hacer yo que no pueda hacer otro? ¿Qué cosa poseo que me distingue de los demás?

-Posee usted un apellido ilustre. Sólo eso. Yo soy norteamericano; he nacido en la tierra de la libertad, donde no existen diferencias de clase, donde todos los hombres somos iguales; pero he podido ver, hace ya tiempo, que si es fácil formar un ciudadano ilustre, en cambio es imposible hacer un apellido ilustre. Para alcanzar el título que usted tiene, o sea su apellido, valorado por varias generaciones de caballeros, es preciso aguardar cien años o más. Un Smith o un Jones están al alcance de cualquiera, pero un Azcón, cuya estirpe se remonta a mucho antes del descubrimiento de América, es muy difícil de hallar. Por eso le he buscado. Necesito los servicios de usted o los de su apellido.

-¿Para qué?

-Para que trabajen para mí. Se trata... -La conversación duró casi tres horas. Cuando Jedd Truman salió de casa de Jorge Azcón, éste quedó en su cuarto, contemplando un fajo de billetes de Banco, mientras en sus oídos sonaba aún la promesa de que todos los documentos comprometedores le serían entregados tan pronto como su jefe quedara convencido de que no cabía esperar ninguna traición suya.

Una vez más, el pensamiento de Jorge volvió hacia *El Coyote.* Su orgullo debiera, también, haberle impulsado a rechazar las exigencias de Jedd Truman.

Capítulo primero

Las finanzas de Jorge Azcón

Henry Wells y William Fargo habían contribuido como nadie a la conquista del Oeste. En San Francisco, entre las calles de California y Sacramento, junto a los muelles, tenían sus oficinas centrales. Éstas se componían, en primer lugar, de las oficinas bancarías, instaladas en un edificio de planta baja y un piso; junto al Banco estaba la oficina de ensayos -donde se contrastaba la pureza del oro- que en los tiempos de mayor auge de las explotaciones mineras llegaba a comprobar la pureza de un millón diario. A continuación se encontraba una posada y restaurante; los establos donde se guardaban los caballos de los correos y de las diligencias; una taberna; un hotel de dos pisos, cuyo picudo tejado se disimulaba con una falsa fachada, y, por último, un almacén donde se vendía y se compraba de todo.

Más de seiscientas diligencias del tipo «Concordia» se encargaban del tráfico entre San Francisco y las poblaciones mineras, a las cuales los agentes de Wells y Fargo iban a buscar el oro que desde San Francisco se distribuía por todo el mundo.

Semejante empresa de transportes y negocios bancarios no podía existir sin una

formidable organización, en la que intervenían un número considerable de empleados.

Cuando Jorge Azcón se detuvo frente a las oficinas de Wells y Fargo, una diligencia acababa de llegar y se encontraba detenida frente al hotel. La curiosidad de los allí reunidos estaba dirigida hacia aquel punto, y casi nadie advirtió la entrada del joven en el edificio.

-¿El señor Hobart? -preguntó al empleado que acudió a su encuentro.

Unos momentos más tarde, Jorge era introducido en una de las oficinas del primer piso y se encontraba frente a un hombre vestido con gran elegancia, quien, después de examinarle, preguntó:

-¿Es usted el señor Azcón?

-Sí.

-El señor Truman me ha hablado de usted. Me dijo que deseaba invertir cien mil dólares en acciones de la empresa.

-Sí, señor. Traigo el cheque. Es de su Banco.

-Perfectamente. Le tengo ya preparadas las acciones. Pero me dijo el señor Truman que usted había insistido en que se extendieran a nombre de su padre. ¿Puedo preguntarle el motivo?

-Desde luego. Nosotros teníamos unas fincas que fueron vendidas por mí para reunir el dinero necesario para la compra de estas acciones. Al mismo tiempo que adquiero estas acciones, desearía obtener un empleo en alguna de las agencias de la Wells y Fargo. Así yo tendría un sueldo suficiente para mis necesidades y mis padres disfrutarían de una renta que bastase para asegurarles la vejez.

-Comprendo. Usted quiere dedicarse al comercio, variar su vida, convertirse en un financiero. ¿No es así?

Jorge, convencido de que la sangre se agolpaba en sus mejillas, contesto con un movimiento de cabeza.

Hobart sonrió levemente, replicando:

-Me alegro de poder ayudarle, señor Azcón, y, al propio tiempo me alegro de poder hacer un favor al señor Truman -que tanto interés demuestra por usted. El hecho de ser accionista de la compañía permite que le concedamos el puesto solicitado, a pesar de que son muchos los aspirantes. Wells y Fargo siempre ha preferido tener como empleados a sus accionistas, pues nadie mejor que ellos pueden velar por los intereses de la casa. Existe ahora un puesto vacante en Cordillera, una de las agencias de más importancia, pues se encuentra en pleno distrito minero, desde donde se remite más de un millón mensual en oro. Aún tengo atribuciones para concederle este puesto, pero de haber tardado unos días más no hubiese podido complacerle, porque se me traslada a Salt Lake City, para ocupar un puesto de mayor responsabilidad. Tengo extendido también su nombramiento. Si me permite, iré añora a hablar con mi superior.

Hobart salió del despacho y pasó a otro.

-Hola Hobart -saludó el ocupante de aquella oficina-. ¿Ocurre algo?

-Ha llegado el señor Azcón, de Los Ángeles. Viene por el nombramiento de Cordillera.

-¡Ah, sí! Me he informado acerca de él. Parece ser que pertenece a una importante familia que vive en Los Ángeles casi desde todo el tiempo de la colonización. Han ocupado importantes cargos públicos durante la época española, mejicana y también bajo el gobierno americano. Creo que ha hecho bien en aceptar su aportación y en ofrecerle el cargo. Necesitamos en Cordillera a un hombre honrado, aunque no conozca bien el trabajo que ha de realizar. Cordillera nos ha producido grandes pérdidas.

-Más de un millón de dólares, señor -replicó Hobart.

-Y lo peor es que al tener que negarnos a pagar las entregas de oro en Cordi-

llera, como habíamos hecho hasta ahora, desprestigiamos el nombre de Wells y Fargo.

-No podemos seguir exponiéndonos a perder tanto dinero -dijo Hobart.

-Ya sé que obró usted cuerdamente al advertir que el oro se pagaría contra recepción en San Francisco; pero me gustaría mucho más que pudiera volverse al sistema de antes, o sea al de abonarlo contra entrega en nuestra agencia. Alguien ha estado informando exactamente a los bandidos, y aunque no se ha probado nada contra Joyce, opino que fue un acierto retirarle de Cordillera. Si era culpable, ha quedado anulado, y si no lo era, se alegrará de estar en un sitio menos comprometido. Cuando haya terminado con ese joven, hágalo pasar a mi despacho. Quiero conocerle.

Regresó Hobart a su oficina y le anunció a Jorge:

-Todo está arreglado. Mi jefe da su visto bueno. Mañana podrá usted partir hacia Cordillera para hacerse cargo de su puesto. Aquí tiene las acciones a nombre de su padre y dos mil dólares para sus gastos de traslado e instalación. Le aconsejo que deposite estos valores en nuestro Banco y mensualmente remitiremos a su padre quinientos dólares a cuenta de sus rentas.

Jorge Azcón preguntábase si aquel hombre era cómplice de Truman o bien, si, inconscientemente, hacía el juego al misterioso sujeto que le había salvado de la ruina, aunque exponiéndole a algo mucho peor.

-Aquí tiene su nombramiento y unas instrucciones impresas. Léalo en su hotel y esté preparado para iniciar con éxito su nueva vida. Ahora le acompañaré al despacho del señor Watkins. Me ha dicho que desea hablar con usted.

Cuando Hobart regresó de la oficina de su superior, fue a abrir una puertecita que daba a un cuartito donde había unas perchas y un lavabo. Jedd Truman estaba allí, sentado en una silla y jugueteando con un cigarro que no había encendido, sin duda para no denunciar con el aroma del tabaco su presencia en aquel lugar.

-Todo arreglado -dijo Hobart.

-Sí, ya lo oí -replicó Jedd-. Creo que hemos hecho una buena adquisición. El muchacho nos ha costado cincuenta mil dólares de deudas y más de cien mil de soborno; pero nadie dudará de él. Los asaltos a las diligencias continuarán, y aunque alguien llegue a sospechar quién nos da los informes, como ya se cometían antes de la entrada en escena de Azcón, no podrán figurarse que él sea, simplemente, un sustituto del antiguo confidente... Y tampoco sospecharán de ti, ya que, a pesar de haberte marchado, los robos seguirán como antes.

-¿No podríamos organizar algo en Utah? -preguntó Hobart.

-Tal vez más adelante -replicó Truman-; pero de momento explotaremos hasta el final la ruta Cordillera-San Francisco. Estamos demasiado bien organizados ahora para dejarla abandonada.

-¿No te dio el jefe ningún encargo para mí?

-Me pidió que te saludara de su parte y que te preguntase si habías recibido tu comisión.

-Claro. Pero me gustaría continuar trabajando en Utah.

-Todo se hará a su debido tiempo. Precipitar los acontecimientos es peligroso. Ahora me marcho, porque no quiero que Azcón me vea aquí. ¿No es peligroso que hable con Watkins?

-No. Sólo hablarán de lo referente a su trabajo. Watkins está convencido de que el muchacho es tan decente como lo fueron su padre y sus abuelos. Además, ingresa en la compañía como accionista.

-Entonces, adiós. Buen viaje y que disfrutes mucho en la tierra de los mormones.

Mientras Jedd Truman salía de la casa, Jorge Azcón escuchaba los consejos del señor Watkins.

-Siendo usted un joven californiano -decía el jefe de la agencia en San Francisco-, tendrá menos dificultades que otros en amoldarse al ambiente. Cordillera no es un lugar civilizado; pero es menos salvaje que otros puntos. Existen varías minas de oro controladas por la empresa «Minas de Cordillera», que ha ido adquiriendo todos los yacimientos y utiliza maquinaría muy moderna. Han llegado a enviarnos hasta un millón de dólares en oro mensualmente; pero en los últimos tiempos las remesas bajaron mucho. La compañía paga ahora a los empleados con oro, a fin de reducir al mínimo sus envíos. Entre Cordillera y San Francisco se encuentran las tierras del condado de Látigo, cuya capital es Látigo. Es una región desolada. Sólo existen bosques y algunas cabañas de cazadores. La frecuentan los tramperos y buscadores de oro y en ella se refugian los bandidos. Es imposible atacarles, porque no se dispone de las fuerzas necesarias. El *sheriff* de Látigo, Jay Martin, ha intentado por todos los medios terminar con la banda. No lo ha conseguido. Especialmente porque, al estar la región despoblada, los salteadores pueden moverse por ella sin que nadie los vea. En una región más habitada serían muchos los que podrían informar a las autoridades de los movimientos de los bandidos. Allí nadie los ve. Usted tendrá que ponerse en relación con Samuel Nickels, gerente de las minas, y decidir con él lo que se debe hacer para reorganizar el envío de mineral. Póngase también en contacto con Jay Martin, el *sheriff.* Entre los tres deben terminar con los asaltos. Y ahora, joven, le deseo mucha suerte. No olvide que los intereses de Wells y Fargo son sus intereses.

Antes de salir de las oficinas, Jorge Azcón regresó a saludar a Hobart, que le acompañó hasta la puerta y le vio alejarse hacia un destino que sólo podía ser trágico.

* * *

Jorge Azcón llegó al hotel Frisco y encaminóse hacia dos mujeres que estaban sentadas en uno de los duros sofás del vestíbulo.

-Buenos días, doña Pura -saludó a la más vieja, que le replicó con una fría mirada, muy distinta de la que le dirigió su compañera, infinitamente más joven y atractiva, y a la cual Jorge se dirigió con estas palabras-: ¿Qué tal, Alicia?

Alicia Paredes era una de las muchachas más lindas de Los Ángeles. Los Paredes habían llegado a California en los albores de la conquista española, se instalaron en Monterrey y, más adelante, debido a una de las sublevaciones que distinguieron la época del dominio mejicano, viéronse obligados a buscar refugio en Los Ángeles. De su importantísima hacienda quedaba ya muy poco, pues entre los enemigos políticos, en los tiempos mejicanos, y más tarde a causa de las irregularidades de la revisión norteamericana, las propiedades de los Paredes se redujeron al mínimo. La única esperanza de la señora de Paredes estribaba en que su hija se casase con un rico hacendado que diera nuevo lustre a las viejas heredades; mas Alicia había cometido la locura de enamorarse de un hombre que no estaba en mejor situación que ella y del que, además, se decían en voz alta muy pocas cosas buenas y muchas malas en voz baja. Pero Alicia Paredes fue más firme que su madre y continuó el noviazgo. En aquellos momentos Alicia se encontraba en San Francisco acompañada de doña Pura, su dama de compañía, aparentemente con el fin de adquirir telas y algunas otras tonterías que no se podían hallar en Los Ángeles; pero en realidad para despedir a Jorge si éste se marchaba a su nuevo empleo.

Alicia había ganado una completa victoria cuando, contra lo que todos esperaban, la ruina de Jorge no se hizo efectiva y no sólo fueron liquidadas sus deudas, sino que, además, pudo vender sus tierras en muy buenas condiciones. Nadie sintió alivio tan grande como la muchacha que, levantándose, preguntó ansiosamente a Jorge:

-¿Ha salido todo bien?

Éste le mostró los documentos que traía.

-Ya está todo arreglado. Mañana salgo para Cordillera. Pero esta noche quiero que estemos juntos todo el tiempo que nos sea posible.

-Lo estaremos, Jorge -prometió Alicia-. Cenemos en el jardín. Allí no nos molestarán.

-¿Y doña Pura? -musitó Jorge.

-La dejaré donde pueda vernos; pero no oírnos -sonrió Alicia.

Capítulo II

Cordillera

En la suave frescura del pequeño patio, que en el hotel se llamaba jardín a causa de los grandes tiestos de flores y plantas que lo adornaban, había sido dispuesta una mesa para Jorge y Alicia. La dama de compañía se instaló algo más lejos, frente a una mesita abundantemente provista.

Hacia el final de la cena, Alicia posó una mano sobre la de su novio y preguntó súbitamente:

-¿De veras no has hecho nada malo?

Jorge se sobresaltó ante lo inesperado de la pregunta.

-¿Por qué dices eso? ¿Qué cosa mala podía yo haber hecho?

-No sé; pero tengo miedo. Me asaltan presentimientos muy tristes. Ya comprendo que es una tontería; pero... no puedo evitarlo. Te creo cuando me dices que pudiste arreglar por ti mismo todos tus asuntos de Los Ángeles; pero cuando no estoy a tu lado y no oigo tu voz, escucho otras que dentro de mí me dicen que has mentido.

Jorge inició un gesto de enfado y Alicia le contuvo, rogando:

-Perdóname. ¡Te quiero tanto! Nadie te ha defendido como yo; pero sé que hace un mes estabas muy apurado. Tú lo reconociste. Y, de pronto, se resolvieron tus problemas, pagaste tus deudas y aún te sobró dinero. A mis preguntas respondiste con evasivas. ¿Por qué? Dime la verdad. Por terrible que fuera, yo te seguiría queriendo, porque mi amor por ti es más fuerte que el bien y que el mal, que la razón y la sinrazón. Por muy bajo que cayeras, hasta allí bajaría yo para estar a tu lado. Y aunque escalaras los cielos, yo subiría contigo.

-En ese caso no debes preocuparte. Acepta la situación que se ha creado y supón lo mejor.

-Quiero saber la verdad. De antemano te digo que nada en mí ha de cambiar cuando lo sepa.

-Entonces, ¿por qué quieres saberla?

-Porque el ver que no tienes confianza en mi me hiere muy hondo. ¿Quién te dio el dinero para pagar tus deudas?

Jorge vaciló unos instantes. Si algo bueno había en su vida, era su amor por Alicia. Y porque nada le asustaba tanto como perder aquel amor y además sabía que de confesar la verdad la perdería o veríase obligado a retroceder, y el retroceso le estaba vedado, tras una larga vacilación, durante la cual los ojos de la joven trataban de leer

en el fondo de su alma, Jorge contestó en voz muy baja:

-Me ayudó *El Coyote.*

Los ojos de ella se iluminaron.

-¿De veras? ¿Fue él?

-Si -contestó débilmente Jorge.

La muchacha interpretó la vacilación de su novio como una repugnancia muy lógica. Jorge no quería faltar a la promesa que debía de haberle exigido *El Coyote* al entregarle el dinero.

-¡Cuánto me alegro! -exclamó—. Ahora ya no temo nada. Si él te ayuda, saldrás adelante y triunfarás en la vida. Sí antes le admiraba, ahora le adoro.

Jorge sintió desprecio por sí mismo. Aquella mentira podía haber sido una verdad. Y no lo era por un estúpido orgullo que le impidió aceptar la ayuda de un hombre honrado y preferir la de un canalla. Pero ya era demasiado tarde para volverse atrás. ¡Demasiado tarde!

Una hora después, Jorge subía a su dormitorio. Había dejado a Alicia y a su dama de compañía ante la habitación que ocupaban, y a medida que se alejaba de su novia veía crecer su culpa. Una mentira le había evitado una vergüenza...; pero aquella mentira no borró la realidad.

Abrió la puerta de su cuarto, la cerró tras él, con llave, y acercándose a la mesa donde estaba la lámpara de petróleo, la encendió. Cuando hubo colocado en su sitio la chimenea de cristal y se volvió para entrar en la alcoba, un grito de asombro se escapó de sus labios:

-¡El Coyote!

Estaba sentado en uno de los sillones, vistiendo su inconfundible traje, cubierta la cabeza con el sombrero mejicano y el rostro con un negro antifaz. En la mano derecha sostenía, indiferente, un revólver de largo cañón.

-¡El Coyote! -repitió Jorge, sin atreverse a dar un paso más.

-Buenas noches, Jorge -replicó el enmascarado-. No me esperabas, ¿verdad? Vengo a darte las gracias.

Jorge buscó apoyo en el respaldo de una silla.

-¿Las gracias? -tartamudeó-. ¿De qué?

-Vengo a darte las gracias por haberme achacado un favor que no te hice.

-¿Qué está usted diciendo?

-¿No me entiendes? No hace mucho le has asegurado a tu novia que yo te presté el dinero para salir de tu apuro.

-Es que... -Jorge no sabía cómo continuar.

-Sigue hablando -invitó *El Coyote-.* Me interesa saber por qué lo hiciste.

-¡No tengo por qué darle ninguna explicación!

El Coyote sonrió.

-Podría obligarte a que lo hicieras. Has llegado a ser accionista de Wells y Fargo. Y, además, empleado suyo. Dos cosas importantes. Te vas a Cordillera, o sea, a un lugar salvaje y peligroso. ¿Quién te ha ayudado? Yo no he sido, aunque así lo crea Alicia.

-¿Se lo ha dicho ella? -preguntó Jorge, tratando de hallar una explicación a aquel misterio.

-Sí. En cuanto supo que yo te había hecho tan gran favor le faltó tiempo para ir a verme y expresarme su agradecimiento.

-No es posible. Alicia lo ha sabido hace poco más de una hora. Y la acabo de dejar en su cuarto.

-No, no ha sido ella quien me ha contado tu mentira. Unos oídos que están a mi servicio te escucharon. No trates de recordar quiénes se hallaban cerca de la mesa

cuando mentiste. No viste a nadie.

Tras una breve pausa, *El Coyote* siguió:

-Jorge, te has lanzado por un mal camino. Ese camino te conduce a un abismo. Lo sabes tan bien como yo. No sé, aún, cuáles son tus proyectos, ni lo que esperas; pero sí te anticipo cuál será tu suerte. Mentiste a Alicia porque no le podías decir la verdad. Y la verdad sólo se oculta cuando perjudica a uno mismo, o al ser a quien más se quiere, o a aquella persona con quien se está hablando. En este caso, la verdad te perjudicaba a ti. ¿Qué vas a hacer en Cordillera?

-Voy a trabajar.

-Ya sabes que no vas a eso sólo; pero no pretendo que me digas lo que vas a hacer. Hace tiempo rechazaste mi ayuda apoyándote en un falso orgullo. Si fueses de otra madera más recia, creería que un orgullo de raza te salvaba, sobradamente, de todos los peligros; pero sé de muchos que se sienten humillados cuando un hombre honrado les tiende la mano y en cambio se aferran a la que les ofrece cualquier canalla; que prefieren la compañía de un bandido, que no puede echarles nada en cara, a la de un amigo que, acaso, podría reconvenirles. Por ultima vez te ofrezco mi ayuda. Cuéntame la verdad y yo te sacaré del lío en que estás metido.

-¡No estoy en ningún lío! -protestó Jorge-. Y, si lo estuviera, me sabría arreglar yo solo, sin necesidad de ningún mascarón.

-Hablas muy fuerte, Jorge. Sigue adelante, ya que insistes en ello; pero no esperes poderte salvar. Sólo el camino recto es bueno. Si la justicia humana no te castiga, te castigará la justicia divina, cuyos golpes son mucho más terribles, porque a veces nos hieren de rechazo en los seres a quienes más queremos. Piensa en Alicia. Ella te ama con toda su alma, y tal vez algún día sea la que te castigue.

Por un momento, Jorge sintióse profundamente conmovido; luego, reaccionando, replicó:

-Si sólo ha venido a esto, puede marcharse, señor *Coyote.*

-Está bien. Que Dios te proteja. Creo que necesitarás su misericordia.

Levantándose, *El Coyote* se acercó a la lámpara y la apagó de un soplo. Luego, deslizóse hacia la ventana y Jorge vio un instante su silueta recortada contra el cristal. Pasaron unos segundos y al fin encontró fuerzas para volver a encender la lámpara. La habitación estaba vacía, y no se atrevió a intentar averiguar hacia dónde había escapado *El Coyote.*

Algún día tendría que recordar sus últimas palabras y maldecirse por no haber tenido el valor de aceptar la ayuda que por segunda vez le ofrecía aquel misterioso personaje.

Cuando a la mañana siguiente entró a verle Jedd Truman, Jorge tampoco se atrevió a informarle de la visita que la noche antes había recibido.

Al bajar al vestíbulo encontró a Alicia, vestida ya para acompañarle hasta la diligencia. Jedd se separó de él, despidiéndose con un hasta luego, seguido del consejo de que no se retrasara, pues el carruaje tenía que partir a una hora ya fijada.

Acompañado de Alicia, Jorge salió a la calle, cruzándose con un hombre que entraba en el hotel.

-¿Qué tal Alicia? -saludó el recién llegado, quien, volviéndose hacia Jorge, agregó-: ¿Cómo estás Jorge?

-Muy bien, don César -replicó el joven, aceptando la mano que le tendía César de Echagüe-. Perdone que no me entretenga, pero debo salir en la diligencia.

-Supongo que no pretenderás raptar a mi sobrina, ¿verdad?

En el momento, apareció la dama de compañía de Alicia y don César sonrió con fingido alivio, declarando:

-No; ya veo que aquí está doña Pura. ¿Cómo está usted, señora? ¿Le gusta San

Francisco?

-Lo suficiente para no volver a poner los pies en esta terrible ciudad -replicó la mujer-. ¿Cómo está usted, don César?

-Perfectamente. Acabo de llegar de Los Ángeles. Mi prima me dijo que las encontraría a ustedes aquí y me pidió que las escoltase a su regreso. La pobre está algo inquieta por su hija y... por usted.

Mientras hablaban, César se había colocado junto a la dama de compañía, siguiendo a los dos jóvenes, que habían reanudado la marcha hacia el parador de las diligencias.

-¿Por mí? -preguntó doña Pura-. ¿Por qué ha de inquietarse la señora por mí?

-Porque esto es San Francisco, una ciudad donde por cada mujer hay veinticinco hombres, o sea una proporción escandalosa, en la cual ven los padres de la patria el origen de todos los desórdenes que la caracterizan.

-¿Y cree acaso que yo...? -empezó doña Pura.

-Sí, sí, aún está usted muy bien conservada y no tendría nada de extraño que algún minero enriquecido hallara en usted la esposa soñada. De ocurrir una cosa así, Alicia se habría encontrado en una situación bastante desairada. Y eso es lo que mi prima ha querido evitar. Me dijo: «Si Pura encuentra al hombre por quien viene suspirando...»

-¡Yo no suspiro por ningún hombre, don César! -protestó la mujer.

-No ha interpretado bien mis palabras, doña Pura -dijo César de Echagüe-. Mi prima quiso decir que si al fin encontraba usted al hombre ideal, podría abandonarlo todo por él. Además -aquí don César bajó la voz-, mi prima también estaba inquieta por haber sabido que Jorge Azcón estaba en San Francisco. Supongo que no habrá usted perdido de vista a la muchacha, ¿verdad?

-Ni un minuto -aseguró la mujer, no muy segura de ceñirse absolutamente a la verdad.

-¿Hacia dónde marcha Jorge Azcón? -preguntó César.

-A Cordillera, un pueblo minero perdido en las montañas.

-¿Cordillera? ¡Caramba! Allí vive otra de mis primas. ¿Está segura de que Alicia no ha proyectado ir a visitar a su tía?

-Creo... que no -dijo, alarmada, la mujer-. De todas formas, me alegro de que haya venido usted, don César. Si Alicia hubiese pensado en hacer eso, creo que no la habría podido contener. Ya sabe usted que es una muchacha enérgica, que no se detiene ante nada.

-En ese caso, yo tampoco podría contenerla -replicó César.

Habían llegado a la calle de California y se veía ya la gente reunida en torno a la diligencia que iba a partir hacia Cordillera.

-Sólo faltan cinco minutos -anunció Jedd Truman, acudiendo al encuentro de Jorge.

César de Echagüe le miró curiosamente. Conocía a aquel hombre, a quien había visto antes peor vestido y en una compañía nada recomendable. Truman, aunque le miró un momento, no pudo reconocerle; porque en aquella lejana ocasión don César iba encubierto por el antifaz del *Coyote.*

Jorge, estrechando fuertemente las manos de Alicia, decía:

-Pronto volveremos a vernos... En cuanto pueda disfrutar de unas pequeñas vacaciones, iré a Los Ángeles.

-Antes procuraré ir a visitarte. Mi tía vive allí. Su marido poseyó unas minas que vendió a la sociedad que ahora las explota. Al poco tiempo murió y ella no ha querido marcharse de Cordillera.

-Creo que es un lugar peligroso -dijo el joven-. No cometas ninguna locura.

-No la cometeré; pero... no podré pasar muchos meses sin verte, ¿sabes?

Jedd Truman hizo subir a Jorge a la diligencia, ayudándole a acomodarse frente a los otros pasajeros. Cerráronse las portezuelas, se cambiaron los últimos adioses y el vehículo, con gran estrépito, partió hacia su destino.

Durante toda la mañana la diligencia prosiguió su marcha hacia las montañas. En las primeras horas tuvo siempre a la vista la bahía, que dejó atrás poco después de San José. El viaje prosiguió por las estribaciones de las montañas. Por tres veces se detuvo la diligencia para cambiar los caballos, y en la segunda parada los viajeros tuvieron la oportunidad de comer de lo que llevaban o de lo que ofrecían en el mesón del parador.

Azcón y Truman se decidieron por lo último, ya que no llevaban provisiones, y lo mismo hicieron otros dos compañeros. Los restantes se sentaron al sol para comer lo que habían preparado para el viaje.

-¿Van ustedes a Látigo? -preguntó uno de los viajeros que se habían sentado a la misma mesa que Truman y el californiano.

-Yo sí -respondió Jedd-. Mi amigo va a Cordillera.

-Buen trayecto para hacerlo desde San Francisco -comentó el otro-- pero no me gustaría hacerlo al revés, desde Cordillera. Hay muchos bandidos. Claro que hasta ahora han evitado matar a nadie. Sólo roban oro. La gente lo sabe y procura no hacer resistencia. Si no se hace resistencia, no ocurre nada.

-¿Cómo está tan bien informado? -preguntó Truman.

-He visto dos veces a los ladrones -replicó el hombre-. Se portaron muy bien conmigo. No me robaron nada. Sólo se ocuparon del oro.

Jorge sintió un profundo alivio. Si sólo se trataba de facilitar los robos... Robar a una compañía poderosa no era tan grave como ser cómplice de unos asesinos. Jedd no le había engañado.

Al anochecer llegaron a Látigo, la más importante población del trayecto. Situada a poco más de la mitad del camino de Cordillera, la diligencia interrumpía allí su viaje y los pasajeros que continuaban hasta Cordillera debían pasar la noche en el parador.

-Yo me quedo aquí -dijo Jedd a Jorge-. Mañana deberá seguir solo, porque no hay nadie que continúe hasta Cordillera. Es lo mejor del viaje; pero no conviene que nos vean juntos.

Jorge estrechó la mano de su compañero y al verle partir sintió a la vez alivio e inquietud. Encargó la cena y entró en el cuarto que le fue destinado, tendiéndose un rato sobre la rústica cama. Látigo estaba a bastante altura y a partir de la puesta del sol el frío se dejaba sentir, a pesar de lo avanzado de la estación. Al cabo de un rato, Jorge tuvo que levantarse. Sentía escalofríos y recordó el alegre fuego que ardía en la chimenea de la sala. Arreglándose el traje, salió del cuarto y bajó a la sala. Estaba vacía y oscura, alumbrada sólo por el reflejo de las llamas. Sentándose en uno de los sillones de madera que se encontraban junto al hogar, Jorge encendió un cigarro y fumó lentamente, con la mirada fija en las siempre cambiantes llamas. El aroma del pino quemado le trajo lejanos recuerdos de su hogar, cuando, siendo un niño, se sentaba a los pies de su padre y le oía relatar las leyendas que ya eran viejas cuando América aún se ocultaba a los hombres más allá de las brumas atlánticas...

-Buenas noches, forastero...

La inesperada voz le arrancó violentamente de sus meditaciones. Sobresaltado, volvióse y vio a un hombre de mediana estatura, ancho de hombros, vestido con un traje de pana, con los pantalones embutidos en unas botas altas, y una ancha chaqueta en la cual relucía una estrella de plata.

-Buenas noches... *sheriff* -contestó Jorge.

-Soy Jay Martin -explicó el hombre, sentándose frente al californiano en otro sillón.

El joven adivinó la interrogación del *sheriff* y replicó:

-Me llamo Jorge Azcón.

-Me han dicho que se dirige a Cordillera -comentó el *sheriff,* y Jorge interpretó sus palabras como una pregunta relativa al motivo de su viaje al poblado minero.

-Sí, voy allí -contestó-. Pertenezco a la agencia Wells y Fargo. Debo ocupar la plaza vacante.

-Encantado de conocerle, Azcón -replicó el *sheriff,* tendiendo la mano a Jorge, como si hasta entonces no le hubiera considerado digno de ello.

Luego, Jay Martin sacó una corta pipa y la cargó de tabaco. Inclinándose hacia el fuego, cogió una ramita encendida y acercó la llama a la cazoleta. Durante estas operaciones su rostro quedó claramente visible. Era el de un hombre de unos cuarenta y cinco años, de enérgicas facciones, frente despejada, cabello y bigote grisáceos. Jorge había visto a otros muchos semejantes. Eran los *sheriffs* del Oeste, los hombres que representaban a la Ley y que la imponían por la fuerza, apoyándose en el derecho. Por primera vez, Jorge se dio cuenta exacta de su posición. Aquel hombre, que ya le miraba como un amigo, era su enemigo. Los dos estaban en campos opuestos, y si algún día Jay Martin descubría la verdad, Jorge debería luchar contra él.

-Tendremos que hablar mucho -siguió Martin-. Ocurren demasiados robos y tenemos que terminar con esos bandidos; pero hasta ahora ellos han llevado la mejor parte. Nadie los conoce. Tienen un territorio inmenso donde esconderse. Un territorio poblado por media docena de cazadores o buscadores de oro que en nada quieren comprometerse y que no nos ayudan. Claro que no se les puede culpar demasiado. Viven solos, apartados del mundo, y si alguno traicionara a los bandidos, ellos terminarían con él. Se inhiben de todo y dejan que yo, con siete u ocho hombres, y a veces la ayuda de unos cuantos habitantes del pueblo, busque a los ladrones por estas sierras y bosques. No es extraño que no cacemos a ninguno. Lo extraordinario sería que alguna vez tuviésemos éxito.

-La compañía me ha encargado de organizar de nuevo el transporte de oro -dijo Jorge-. Tendré que ponerme de acuerdo con usted.

-Y con Sam Nickels -replicó el *sheriff-.* Nickels es el gerente que la compañía Minas de Cordillera tiene allí. Es un hombre de mucha acción; pero a veces... No sé...

-¿Qué quiere usted decir? -preguntó Jorge.

-Nada; sólo quiero aconsejarle que en Cordillera no deje de observar a Sam. Si no fuese usted un Azcón, o sea, miembro de una familia honradísima, no le hablaría así. A su antecesor, la compañía Wells y Fargo le ha sacado de Cordillera porque sospechan que él era quien suministraba ciertos datos a los salteadores; pero yo sospecho de otra persona. Vigile, y, si descubre algo, avíseme.

-Lo haré; pero no acabo de comprender...

-Ya comprenderá cuando esté en Cordillera. Verá cosas inexplicables. Cosas que yo no puedo ver cuando subo allí en viaje de inspección, porque cuando yo llego todo cambia.

Jay Martin se pasó, con expresión de cansancio, una mano por la frente. Parecía un hombre vencido en una lucha contra una potencia infinitamente superior.

-¿Lleva usted mucho tiempo aquí, señor Martin? -preguntó Jorge.

-Varios años. Unos diez, por lo menos. Vine a buscar oro, encontré algunos yacimientos bastante buenos y los sigo explotando. Nickels me los ha querido comprar varias veces; pero no quiero venderlos. Dentro de dos o tres años habré reunido lo suficiente para retirarme. Entonces me iré a Nueva York, Chicago o a Europa y viviré en paz el tiempo que me quede de vida. Bien, señor Azcón, he tenido mucho gusto en

conocerle. Si alguna vez averigua algo, recuerde que yendo unidos podremos triunfar de todos nuestros adversarios.

De nuevo estrechó Jorge la mano del *sheriff,* que poniéndose en pie se arregló el revólver que colgaba de su cinto y salió lentamente de la posada. Un momento después, el dueño del establecimiento anunciaba a Jorge que su cena estaba ya preparada.

-Ya he visto que hablaba con Jay Martin -agregó, mientras guiaba a Jorge hasta el comedor-. Es un gran hombre. Es una lástima que no tengamos dos docenas como él. Entonces no quedaría ni un bandido en estas tierras.

Jorge se sentó a la mesa y comenzó a tomar la sopa que le había sido ya servida. A la tercera cucharada recordó que no había replicado al comentario del posadero y asintió:

-Sí, sí, parece un hombre muy entendido... y valiente.

Y a pesar de que en el comedor también ardía un vivo fuego, Jorge sintió un escalofrío en el cuerpo. Estaba lanzado hacia un abismo del que no podría...

Con un sobresalto contuvo sus pensamientos, dándose cuenta de que iba a pensar lo mismo que le había dicho *El Coyote.* Para dominarse hizo un violento esfuerzo mental y buscó otro forna de conversación que le alejara de aquél.

-¿No ha venido el señor Truman? -preguntó.

-No. ¿Le esperaba usted?

-No es que le esperase; pero pensé que vendría.

-El señor Truman tiene siempre mucho trabajo. Su almacén no le deja descansar.

-¡Ah, sí, su almacén...! ¿Es muy importante?

-Es el único de Látigo. Nadie vendo las cosas que él tiene. Es uno de nuestros ciudadanos más respetables.

-Ya lo advertí durante el camino... Esta sopa está exquisita.

-Muchas gracias. ¿Es usted amigo del señor Truman?

-Le conocí en San Francisco y luego volvimos a vernos durante el viaje.

Jorge Azcón hablaba tan concisamente que el posadero comprendió que no obtendría muchos más informes de él, por lo que le dejó para ir en busca del resto de la cena, que fue servida sin que entre los dos hombres mediasen más palabras.

A la mañana siguiente, mientras se preparaba la diligencia para el resto del viaje, Jorge fue hasta el almacén de Jedd Truman. Éste le recibió como si fuese un cliente más y le llevó hasta la vitrina donde guardaba las armas de fuego.

-Un revólver es imprescindible en estas tierras -dijo, sacando un Colt del 44 y tendiéndoselo a Jorge.

Truman cogió un cinturón canana provisto de una funda mejicana y comenzó a llenarlo de cartuchos, colocando luego el revólver en la funda y dándoselo al joven. Mientras éste se lo ceñía, Truman siguió:

-Recuerde bien lo que hablamos. Ya sabe a quién ha de avisar cuando conozca los detalles de los envíos. Alguien me ha dicho que ayer estuvo usted conversando con Jay Martin. Le aconsejo que no cometa tonterías.

-Hablamos muy poco -se excusó Azcón-. Quiso saber quién era yo y adonde iba. Me propuso que trabajase con él para terminar...

-Ya sé; pero le repito que no olvide que las traiciones se pagan muy caras. Buen viaje, Azcón, y vea de darnos pronto buenas noticias. Hace tiempo que no operamos.

Jorge salió del almacén y dirigióse hacia la diligencia. Casi no se daba cuenta de nada de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Subió al vehículo sin advertir que, apoyado contra la pared del parador, se encontraba Jay Martin, quien le observaba pensativo, preguntándose si aquel sería el hombre más indicado para el difícil puesto

que iba a ocupar. En el atractivo rostro de Jorge Azcón se advertían algunas de las señales más características de la debilidad moral.

Como atraído por la fijeza de la mirada del *sheriff,* Jorge volvió la cabeza y su vista tropezó con la de Jay Martin, que le saludó con un movimiento de cabeza, al que respondió Jorge con otro.

Un momento después la diligencia se ponía en marcha, y unos minutos más tarde Látigo se perdía a lo lejos, tras un recodo del camino que empezaba a bordear el macizo montañoso que impedía que la carretera siguiese recta hasta su destino. Durante tres horas marcharon teniendo a la derecha las altas cumbres pobladas de abetos, y por fin, cuando la sierra quedó a la espalda, eran ya las doce y media. La diligencia, cuyos caballos estaban rendidos, se detuvo en el parador 125, donde Jorge comió mientras era sustituido el tiro.

A la una se reanudó el viaje y a las cuatro de la tarde la diligencia volvió a detenerse en otro parador, éste era el 126. Allí aguardaban ya los seis caballos que debían ser enganchados y la parada se redujo a unos quince minutos, durante los cuales Jorge tomó un par de tazas de café, compró unos cigarros y prosiguió luego su viaje hasta Cordillera, a la que llegó cuando el sol, antes de ocultarse, besaba con sus rojizos rayos los tejados del poblado minero.

-¡Cordillera, señor! -gritó con voz potente el mayoral, inclinándose hacia la ventanilla.

Jorge no sintió ninguna alegría. Cordillera era el abismo al que había llegado tal como le pronosticara *El Coyote,* cuya ayuda había rechazado dos veces.

Capítulo III

Las preocupaciones de don César

Cuando la diligencia que conducía a su destino a Jorge Azcón se perdió de vista, César de Echagüe notó que Alicia Paredes estaba llorando silenciosamente. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas como si fuesen gotas de agua rebosando de un vaso demasiado lleno.

-¿Qué te pasa, Alicia? -preguntó.

La joven volvióse hacia él y con voz enronquecida por la angustia, declaró:

-Tengo miedo, don César. Cuando le vi marchar tuve la impresión de que nos separábamos para siempre. ¡Es horrible!

-¿Por qué piensas esas cosas? -preguntó César.

-Porque a Jorge le ocurre algo raro. Temo que no me haya dicho la verdad. Ha resuelto sus problemas; pero no lo ha hecho como él explica.

-¿Qué dices?

-No puedo hablar, don César. Le prometí no decir nada; pero si usted no hubiese venido quizá me habría marchado con él. Si yo estuviera a su lado seguramente le haría resistir mejor las tentaciones o los peligros; pero si vive solo allí...

-Creo que exageras -sonrió César-. Vuelve al hotel y prepárate para regresar a Los Ángeles. Yo subiré a ver a un antiguo amigo.

César de Echagüe entró en las oficinas de Wells y Fargo y se hizo anunciar al

señor Watkins. Y como era el poseedor de un buen fajo de las acciones de la agencia de banca y transportes, el señor Watkins le recibió en seguida y durante un par de horas le estuvo informando de todo lo relativo a los envíos de oro desde Cordillera.

Cuando César volvió al hotel iba preocupado y pensativo. Jorge Azcón habíase librado de la ruina de una forma inexplicable, ayudado por alguien que permanecía en el anónimo, y después de salvar sus fincas y su pequeña fortuna, Jorge lograba ingresar en la agencia Wells y Fargo obteniendo un empleo que le llevaba al pueblo más castigado por los ladrones de oro. La suma de todos estos detalles sólo podía dar un resultado: Jorge Azcón había ingresado en la banda de salteadores para ocupar un puesto dejado vacante por un hombre de quien sus superiores sospechaban que estaba en connivencia con los ladrones. Era muy probable que el oro que había comprado aquellas acciones fuese una parte del que fue robado en Cordillera y Látigo.

-Tendré que intervenir -murmuró-. Y preferiría no hacerlo.

* * *

Una semana más tarde, por las oscuras calles de Los Ángeles avanzaba un jinete. Su rostro desaparecía bajo las alas de un sombrero y el embozo de una larga capa. Si un observador hubiese podido llegar hasta treinta centímetros del rostro del jinete, hubiera podido ver que un negro antifaz completaba la barrera que el hombre interponía entre su identidad y la curiosidad ajena.

El jinete había entrado en el distrito mejicano y al poco rato se detuvo ante una puerta, a la que llamó con tres golpes espaciados y dos seguidos, dados con la culata de un revólver, llamada que fue repetida unos dos minutos más tarde.

Por fin una voz de mujer preguntó desde dentro:

-¿Quién llama?

-Soy yo, Adela -replicó el jinete[1].

Abrióse la puerta y apareció una india muy gruesa, de cabellos enteramente blancos, que sostenía con trémula mano un candil.

-¡Don *Coyote*! -exclamó, haciéndose a un lado y dejando que el jinete entrara en la casa.

El enmascarado desmontó y volviéndose hacia la india preguntó:

-¿Sabes dónde están los Lugones?

-Sí, señor.

-Necesito verlos inmediatamente.

-¿A todos?

-Sí. Hace tiempo que no han trabajado para mí.

La india no replicó nada más y desapareció en el interior de la casa, donde se la oyó hablar con alguien. *El Coyote* acercóse a la puerta y se asomó al exterior. La calleja estaba desierta. Nadie parecía haber advertido su presencia en aquellos lugares. Cerrando de nuevo, fue a sentarse en un banco y durante diez minutos permaneció allí, inmóvil, semejante a una sombra más de las muchas que llenaban la estancia.

Al fin se oyeron unos pasos recios, muy distintos de los de la india, y ésta apareció de nuevo, abriendo la puerta por donde había salido y dejando pasar a cuatro hombres de recio aspecto que se alinearon respetuosamente ante *El Coyote.*

-Hola, muchachos -saludó éste, levantando la cabeza y mirando a los cuatro hermanos que habían sido sus primeros colaboradores, aunque ninguno de ellos le conocía bajo su verdadera personalidad. Eran los Lugones, o sea: Timoteo, Leocadio, Evelio y Juan Lugones. Tenían fama de ser los mejores tiradores de rifle de la ciudad y

[1] Estos personajes aparecieron ya en *La vuelta del Coyote*

quizá de California, y nadie se atrevía a enfrentarse con ellos. Nominalmente se ganaban la vida vigilando algunas haciendas en las épocas de la recolección o de la reunión de los ganados, pero su principal ingreso les venía del *Coyote,* que en algunas de sus operaciones los había utilizado para que le auxiliaran en sus empresas. En los últimos tiempos habían trabajado casi en exclusiva para don Goyo, obedeciendo la orden de su jefe secreto.

-Muchachos, os necesito -siguió *El Coyote.*

Los cuatro hermanos asintieron con la cabeza, indicando que estaban dispuestos a hacer lo que su patrón les mandase.

-¿Dónde tenemos que ir, señor? -preguntó Leocadio Lugones.

-¿Conocéis Cordillera? Está sobre San Francisco, en las montañas, cerca de Látigo.

-Lo conocemos, señor -respondió Leocadio-. ¿Hemos de ir allí?

-Sí; pero en vez de ir a Cordillera os instalaréis en Látigo. Uno de vosotros buscará un empleo en Látigo, otro irá a Cordillera y... Puedes ir tú, Evelio. Tienes un hermoso bigote sin el cual nadie te ha visto jamás. Te lo afeitarás.

-¡Oh! -gimió Evelio Lugones-. Pero... Bueno, está bien, señor; perdone.

-Estás perdonado, Evelio -sonrió *El Coyote-.* Sé lo que significará para ti perder tu bigote. Recibirás mil dólares por él. Sin el bigote, Jorge Azcón no te reconocerá, porque no creo que te haya visto muchas veces, ¿verdad?

-No; me parece que nunca se ha fijado en mí.

-Conviene tomar toda clase de precauciones, pues si Azcón llegara a reconocerte todo se perdería. Vestirás a la mejicana. Recibirás lo necesario para el traje. Juan y Timoteo se presentarán en Látigo como cazadores, vagarán por los bosques y averiguarán dónde tienen su escondite los bandidos que operan por allí. Ya sé que el trabajo no es fácil; pero debe hacerse bien. Sé que puedo confiar en vuestra inteligencia. Los bandidos deben tener, además de un escondite en los bosques, alguna relación en Látigo y otra en Cordillera. Quiero conocerlas. Sospecho que Jorge Azcón está complicado en los robos. Pero no tengo la seguridad. Me interesa saber con certeza si lo está o no. ¿Comprendéis? Si es culpable, se relacionará con algún emisario de los bandidos. Ese emisario partirá de Cordillera e irá a Látigo o al escondite de la banda para comunicar el mensaje o la información. Iréis, pues, a los lugares que os he señalado. Dentro de un mes necesito resultados prácticos que me permitan hacer algo. Uno de vosotros vendrá aquí y yo hablaré con él. ¿Entendido?

-Sí, señor.

-Entre Cordillera y San Francisco circula una diligencia con cargamentos de oro. Esa diligencia es asaltada de cuando en cuando, especialmente cuando lleva mucho oro. Nadie ha podido averiguar quiénes son los salteadores. Yo quiero saberlo. Aquí tenéis cinco mil dólares. Mil para cada uno y mil más para Evelio, a cambio de su bigote. Variad vuestras ropas; pero no lo hagáis en Los Ángeles. Marchad a San Francisco, no digáis que sois hermanos y, en días distintos, salid los cuatro hacia Látigo. Juan y Evelio pueden ir a caballo. Como es necesario que sean buenos caballos y en Los Ángeles don César es el único que los tiene buenos, comprádselos a él. Sé que tiene unos cuantos aún no marcados que son de muy buena raza. Os los venderá por quinientos dólares. Presentaos mañana en su casa. Aquí van los otros quinientos dólares.

El Coyote sacó del bolsillo un fajo de billetes de banco y después de contarlos se los tendió a Evelio Lugones, preguntando:

-¿Lo habéis entendido todo o es necesario que os dé más explicaciones?

-No, señor. Está todo entendido.

-Entonces, hasta dentro de un mes. Recordad que necesito resultados, y que no

me conformaré con vaguedades.

El Coyote se puso en pie y, montando a caballo, aguardó a que Juan Lugones saliera a ver si la calle estaba desierta. Cuando recibió la señal de que ya podía irse, picó espuelas. Unos minutos después, el galope de su montura era sólo un lejano rumor.

-Me parece que nos ha encargado algo difícil -comentó Evelio Lugones.

-¡Habéis estado ganduleando un montón de tiempo! -gruñó Adelia-. Y mientras tanto él os ha mantenido. ¿Es que os asusta un poco de trabajo?

-Ya sabes que no -sonrió Leocadio-. Por mi parte estaba deseando que *El Coyote* se acordara de nosotros.

-Quinientos dólares por dos caballo -comentó Timoteo Lugones-. Es mucho dinero, ¿no, hermanos?

-Don *Coyote* merece que se los obtengamos más económicos -replicó Juan-. No creo que sea muy difícil.

*** * ***

Tadeo Barrera, nuevo capataz del rancho de San Antonio, entró a la mañana siguiente en el comedor, donde César de Echagüe terminaba su desayuno en compañía de Guadalupe y del pequeño César.

-Señor... -empezó.

-¿Qué ocurre? -preguntó don César.

-Han venido Timoteo y Juan Lugones a comprar unos caballos.

-¡Ah! ¿Desde cuándo compran caballos los Lugones?

-Creo que es la primera vez, y han elegido a «Centauro» y «Centella», de la manada «C».

-Veo que tienen buen ojo. Son los mejores, ¿verdad?

-Sí, señor. Usted dijo que si alguien los quería debía pagar por ellos doscientos cincuenta pesos.

-Sí. ¿Y qué?

-Yo les pedí trescientos por cada uno, y se han echado a reír. Los Lugones, quiero decir.

-Ya imaginaba que no se habrían echado a reír los caballos. ¿Por qué les pediste tanto?

-Porque así he podido rebajar cincuenta pesos; pero dicen que no pagan más de ciento cincuenta por cada uno.

-Échalos a puntapiés -replicó César, reanudando el desayuno-. Me refiero a los Lugones, ¿sabes? No vayas a echar a puntapiés a los caballos.

Guadalupe y el niño se echaron a reír, pero Tadeo Barrera siguió muy seno.

-Son los Lugones, señor -recordó.

-¿Y qué? -preguntó don César.

-Pues... que no creo que encontremos a nadie capaz de echarlos a puntapiés.

-¡Ah! -comentó don César-. ¿Es que en mi rancho no hay hombres capaces de echar a unos impertinentes?

-Cuando esos impertinentes se llaman Lugones la cosa varía un poco -sonrió Guadalupe-. Ya saldré yo a decirles lo que deben hacer.

-Aguarda, Lupe -interrumpió don César-. Saldré yo. Seguramente los convenceré.

Timoteo y Juan Lugones dejaron de acariciar a los dos hermosos caballos y cambiaron un guiño de inteligencia al ver acercarse a don César en compañía del capataz.

-Hola, muchachos -saludó César.

-Excelentes días, señor Echagüe -replicó Timoteo Lugones, mientras él y su hermano saludaban con una profunda inclinación al dueño del rancho.

-Me dice mi capataz que no podéis pagar lo que valen estos caballos.

-En efecto, señor, aunque lo sentimos en el alma, no podemos pagar los doscientos dólares que nos han pedido...

-Doscientos cincuenta -interrumpió Tadeo Barrera.

-¿Cómo? -preguntó Juan-. ¿Es que ahora vas a decir...?

-Los caballos no se pueden vender por menos de doscientos cincuenta dólares -dijo César-. Y creo que eso es lo que valen.

-Es posible que valgan mucho más, don César -replicó, suavemente, Timoteo-, pero no podemos pagar tanto.

-Entonces elegid otros caballos -sonrió César, muy divertido-. Hasta los tengo de cinco dólares.

-Pero es que a nosotros nos gustan éstos -dijo Juan Lugones-. Nos hemos encariñado los unos con los otros, y sin duda los pobres caballos se morirían de pena si no nos los llevásemos.

-Os prometo que los consolaré.

-¿Y a nosotros? ¿Quién nos consolará?

-Está bien, dáselos por doscientos veinticinco dólares cada uno -propuso don César-, Os lleváis una ganga.

-Es que sólo tenemos doscientos dólares cada uno, y además necesitamos comprar las sillas de montar -declaró Juan-. Usted tiene abundantes sillas, don César. Le daremos doscientos dólares por cada caballo si nos lo entrega junto con su correspondiente silla.

-¡Eso es imposible! -protestó Tadeo-. Saldría usted muy perjudicado, don César.

-Más perjudicado puede salir si insiste en creer que estos dos caballitos valen lo que él dice -comentó Timoteo, como si hablara con su hermane—. ¿No opinas lo mismo, Juan?

-Estoy muy de acuerdo contigo -replicó el otro, sacando un recio cuchillo y acariciando la hoja de acero.

-Sois un par de bandidos -sonrió César de Echagüe-. Pero os voy a hacer una pregunta y luego una proposición. ¿Para que necesitáis esos caballos?

-Tenemos que pasar unos días fuera de Los Ángeles... Algo más de un mes.

-*¿Y* luego volveréis aquí?

-Sí, señor.

-¿Y seguiréis necesitando los caballos?

-No. ¿Para qué vamos a necesitarlos?

-Pues entonces, entregad a Tadeo quinientos dólares. Él os prestará los caballos con su correspondiente equipo y además colgará de las sillas de montar dos buenos rifles Winchester de doce tiros, como nunca los habéis visto. Os marcháis, estáis fuera el tiempo que os parezca necesario, y al volver venís aquí, entregáis los caballos y el equipo en buenas condiciones y Tadeo os devolverá los quinientos dólares.

-No parece mala idea -comentó Juan.

-Opino lo mismo que tú -replicó su hermano.

-Entonces, trato hecho -dijo Juan-. Don César, es usted un águila. No sabía que tuviese tan buenas ideas. ¿Y son buenos de veras esos rifles?

-Dicen que no hay cosa mejor. No tenéis más que mover una palanca y, uno tras otro, podéis disparar hasta doce tiros. Pero no olvidéis que Teodomiro Mateos, además de ser muy buen amigo mío, es el que gobierna la policía de Los Ángeles, y que si yo le digo que me habéis engañado, os cortará las orejas y luego os meterá en la cárcel.

-No tenga usted miedo -dijeron a la vez los dos hermanos-. Vamos, Tadeo, enséñanos las sillas de montar, los rifles, las municiones y todo lo demás.

-Y además diles lo que han de comer los caballos y dales un saco de avena y otro de cebada, porque si no son capaces de envenenar a esos animales. Adiós y buen viaje. ¡Ah! Y no te olvides de recoger los quinientos dólares.

-Aquí los tiene, don César -dijo Timoteo, tendiendo cinco billetes al ranchero.

-Creí que sólo teníais cuatrocientos -rió César, guardando el dinero y marchando hacia la casa, en tanto que los dos hermanos se quedaban comentando en voz baja:

-Si *El Coyote* supiera esto nos daba un premio.

-Pero no debe saberlo y así luego podemos guardarnos los quinientos pesos.., -replicó Juan.

-¡Cállate! -protestó Timoteo-. ¿Quieres que *El Coyote* lo averigüe y sea él quien nos corte las orejas?

-¿Cómo lo va a averiguar?

-Cosas más difíciles ha descubierto. Es un demonio.

-Pero...

-¡Si quieres suicidarte, utiliza otro sistema, Juan! Un tiro en la cabeza es mucho más cómodo.

-Pero si él no se puede enterar...

-¿Sabes lo que te digo? -replicó Timoteo-. Pues que no me extrañaría nada sj alguien me dijese que *El Coyote* sabe ya lo que hemos hecho. Y conste que no me imagino cómo podría haberlo averiguado. A veces pienso que *El Coyote* puede esconderse hasta dentro de un caballo. Vamos y olvida esas ideas tan geniales.

Capítulo IV

En Cordillera y en Los Ángeles

Jorge Azcón miró nerviosamente al individuo que estaba ante él. Mentalmente repitió el nombre que había escuchado en sus labios.

-James Kalz.

Era el mismo nombre que le diera Jedd Truman para identificar a su emisario.

-Salieron tres remesas sin importancia -siguió Kalz- y no fueron interceptadas. Todos creen que ya pasó el peligro. ¿Cuándo se enviarán los cuatrocientos mil dólares que Nickels guarda en su sótano?

-Pasado mañana por la mañana -murmuró Jorge, después de asegurarse de que nadie podía verle.

-¿Alguna novedad? -preguntó Kalz.

-Irán protegidos por una escolta de doce hombres.

-¡Oh! Nickels no quiere correr riesgos innecesarios. Bien. ¿Cuántas diligencias saldrán?

-Dos.

-¿Irá el oro repartido?

Jorge Azcón había llegado al momento en que su destino se tenía que decidir. Llevaba unos quince días en Cordillera. Había intimado con los altos empleados de la compañía «Minas de Cordillera». Todos le tenían por un hombre honrado; y podía seguir siéndolo si replicaba que el oro iría en la diligencia custodiada por los doce jinetes. En vez de eso, contestó:

-Irá en la primera, sin ninguna protección, escondido debajo de los asientos.

James Kalz sonrió.

-Bien -dijo-. El jefe estará contento. Adiós. -Oyendo pasos a su espalda, agregó-: Luego te traeré la carta.

Al salir cruzóse con un mejicano que avanzó tímidamente hacia el mostrador tras el cual se encontraba Jorge, quien movió negativamente la cabeza, declarando:

-No, no ha llegado ningún paquete para usted, señor López.

-¡Qué mala suerte! -suspiró el mejicano-. Hasta mañana, señor.

Volvió a salir y Jorge experimentó la misma sensación de otras veces. Estaba seguro de haber visto en otro lugar a aquel hombre; pero ni su rostro ni su manera de vestir le eran familiares. Y mucho menos la voz, que era la de cualquier mejicano. Sin embargo, el tipo... Al principio temió que fuera *El Coyote;* pero no podía haber dos seres más distintos que aquel López y *El Coyote.*

El mejicano salió de la agencia de Wells y Fargo y marchó lentamente calle abajo, siguiendo, a bastante distancia, al hombre que acababa de salir de la agencia después de haber sostenido una breve conversación con el factor, durante la cual este último dio muestras de un visible nerviosismo. ¿Por qué? ¿A qué obedecía aquella turbación?

El hombre a quien López iba siguiendo se había detenido frente a una de las tabernas de Cordillera y estaba desatando su caballo. Cuando el mejicano llegó cerca de él, un minero que había salido de la taberna le estaba preguntando:

-¿Te marchas, James?

-No, sólo quiero llegar hasta el río.

Sin duda era una excusa; pero tal vez no lo fuese. El río se encontraba a unos nueve kilómetros de Cordillera, y si James Kalz no volvía antes de la noche y ocurría algo, le sería muy difícil justificar su tardanza en regresar de un sitio tan próximo.

-Que sea lo que Dios quiera -decidió López, en quien un observador atento hubiese reconocido a Evelio Lugones.

Siguió adelante, torció por una calle transversal y llegó donde guardaba su caballo. Montó en él de un salto y picó espuelas. No buscó la carretera, sino los caminos que ya había estudiado, y sin preocuparse de si alguien le observaba, lanzóse al galope, acortando terreno. En menos de una hora alcanzó el río, mucho más arriba de la carretera, por la cual hubiese tardado demasiado. Ató el caballo a un árbol, descolgó el rifle de repetición, introdujo una bala en la recámara, colocó el percutor en el seguro y lanzóse a través de la espesura que bordeaba el río, hacia la carretera, procurando ocultarse a fin de pasar lo más inadvertido posible.

El jinete que aguardaba en la carretera, sentado en el suelo, junto a su caballo, y ocupado en convertir en humo un largo y apestoso cigarro, no le oyó llegar. Toda su atención estaba fija en el camino, ya que a lo lejos había vislumbrado a otro jinete que avanzaba sin prisa, aunque sin ir despacio.

-Me parece que lo acertaste, Evelio -se dijo López, que extremaba sus precauciones a medida que se iba aproximando a la carretera. Los últimos cuarenta metros los recorrió en diez minutos; pero tuvo la satisfacción de comprobar que una serpiente hubiese hecho mil veces más ruido que él, a menos que el tipo que aguardaba en la carretera fuese sordo como una tapia.

Con las mismas precauciones que si estuviera sentado sobre un lecho de cris-

tales, Evelio Lugones se acomodó en una hondonada protegida por una cortina de arbustos que se hallaba a unos cinco metros del que esperaba. No se oía otro rumor que el del agua al acariciar las piedras del vado, y el de los cascos del caballo que se aproximaba. Al fin también cesó este ruido; pero entonces se oyó una voz que saludaba:

-Buenas tardes, James. Creí que no llegabas nunca.

-Hola, Paul -replicó Kalz-. He venido tan pronto como me ha sido posible. Dile al jefe que pasado mañana por la mañana sale el oro en la primera diligencia, que irá con pasajeros. Más tarde saldrá otra custodiada; pero no llevará nada y lo más probable es que interrumpa su viaje a mitad del camino, cuando calculen que la primera ya ha llegado a Látigo.

-¡Cuánta astucia! -rió el llamado Paul-. Se supone que estaremos enterados de que sale una diligencia protegida y que creeremos que en ella va el oro. Están convencidos de que evitaremos atacar a la primera a fin de que los de la segunda no sospechen que andamos cerca, ya que entonces volverían todos grupas y nos escamotearían el oro.

-Eso es lo que ellos imaginan; pero nosotros asaltaremos la primera, nos guardaremos el oro y dejaremos que la segunda y su escolta hagan el ridículo. Bien. Da la noticia y ya os encargaréis vosotros de lo que se debe hacer. Yo vuelvo a Cordillera. No conviene que noten que me he marchado. Por lo menos, que no se den cuenta de que he estado demasiado tiempo fuera.

-Buena suerte. Puedes contar con tu parte.

Los dos hombres se separaron después de cambiar un apretón de manos. Mientras uno regresaba hacia Cordillera el otro emprendía la marcha hacia Látigo.

-No estoy muy seguro de que no debiera haber probado en vosotros este Winchester -soliloqueó Evelio Lugones-. Si ahora tuviese yo a mano mi caballo seguiría a ese pícaro; pero no lo tengo, y aunque lo tendré dentro de muy poco, me parece que no lo alcanzaré, pues ya galopa como si le persiguieran dos diablos. Su caballo debe estar cansado de tanto descansar, lo cual aumenta sus probabilidades de fuga.

Lugones abandonó su escondite, se echó el rifle al hombro y partió a buen paso en busca de su montura. Montó en ella y alcanzando la carretera la siguió, porque hasta el parador 125 era el camino más recto para llegar adonde iba.

Cuando ya el sol casi se ocultaba tras las cercanas cumbres, llegó a la vista del parador 126, ante el cual estaba el caballo que antes había visto en la carretera.

«Pronto se cansaron el caballo o su amo», pensó el californiano.

Y como él no estaba cansado y no estaba tampoco dispuesto a consentir que su caballo lo estuviese, siguió adelante, después de dar un rodeo que le permitiera evitar el parador.

Cuando estuvo de nuevo en la carretera galopó sin descanso, mientras la noche iba llegando lentamente. Una lejana lucecilla le indicó la situación del parador 125, que también evitó, adentrándose en la sierra y dirigiéndose hacia un punto que alcanzó cerca de la media noche. En la última parte de su marcha fue guiado por la luz que brillaba a través de la ventana de una choza. Cuando llegó ante ella le aguardaban ya sus hermanos Timoteo y Juan.

-Ocurre algo -dijo-. Pasado mañana asaltarán una diligencia; pero no sé cómo ni dónde. Sin embargo, lo importante es que ya podemos decirle al *Coyote* quién suministra los informes. Es el chico. Lo hace como si tomara una purga; pero lo hace.

-¿Y qué tenemos que hacer nosotros? -preguntó Timoteo-. ¿Impedir el asalto?

-El jefe sólo quiere saber -recordó Evelio-. Debierais procurar enteraros de adonde van los bandidos cuando tengan el oro; pero nada de entrometeros en lo demás. ¿Qué sabemos nosotros de lo que *El Coyote* quiere hacer?

-¿Y cómo vamos a saber dónde se cometerá el asalto? -preguntó Juan-. Me parece que nos ha tocado la parte más difícil del trabajo.

-En mi puesto os quisiera ver yo -replicó Evelio-. A mí nadie me ha dado ninguna pista ni ninguna indicación. He tenido que agenciármelas yo sólito. Haced lo mismo. Abrid los ojos, aguzad los oídos, y ya veréis como algo se pesca.

-¿Te puedes quedar con nosotros? -preguntó Juan.

-Claro, y que mañana se den cuenta en Cordillera de que el peón López desapareció el día antes del asalto -gruñó Evelio-. En cuanto me volvieran a ver me ahorcaban sin mayores vacilaciones. Adiós. Cambiadme el caballo por otro que me pueda llevar a Cordillera en cuatro o cinco horas.

* * *

Sam Nickels en persona, ayudado por Jorge Azcón, fue colocando los lingotes de oro debajo de los asientos de la diligencia. Aún faltaban dos horas para que se diera la señal de marcha y por lo menos una para que el coche fuera sacado de allí y llevado ante la puerta dé la agencia.

-Creo que esta vez les sorprenderemos -declaró el gerente de la mina-. No esperan esto. Dejarán pasar este coche, porque no se atreverán a dar la voz de alarma deteniéndolo. Y se cansarán de esperar al otro, pues no llegará hasta ellos. Pienso que se detengan en el parador 126. Para entonces esta diligencia ya estará en Látigo. Y desde allí el viaje es seguro.

-¿No sería preferible enviar también una escolta con la primera?

-¡Qué locura! -exclamó el gerente, colocando en su sitio las tablas y la colchoneta de crin que servían de asiento y que tapaban el hueco en que iba el oro-. Entonces sospecharían la verdad. No. Así todo saldrá bien. Además, ahora ya no tienen quien les informe.

-¿Cómo lo sabe?

-Su antecesor era el que daba las noticias a los bandidos. Usted, en cambio, es muy distinto. Yo siempre he dicho que nacer en el seno de una buena familia es la mejor garantía de honradez. Si, como decimos nosotros, todos los hombres son iguales, lo único que los debe distinguir es el lugar de su nacimiento. El que nace entre bandidos, será un bandido; pero si naciese en medio de gente honrada, sería honrado.

Jorge asintió:

-Claro. Es una buena idea.

-Lo es, lo es. Bien, ya está arreglado. Los viajeros se sentarán ahí encima, sin sospechar que viajan sobre trescientos mil dólares en oro.

Cuando dos horas después la diligencia partió hacia Látigo, Jorge Azcón sintió que allí se sellaba definitivamente su destino.

A las once de la mañana, después de cargar delante de todo el mundo que quiso verlo, varías cajas que se suponían llenas de oro, la segunda diligencia, escoltada por diez jinetes armados y por otros dos guardas instalados en el techo, partió en la misma dirección. Sólo tres hombres sabían que no llevaba nada de valor.

Dos de ellos eran Jorge Azcón y Sam Nickels. El tercero un mejicano que aguardaba pacientemente a que llegase la diligencia de San Francisco que debía traerle un imaginario paquete.

* * *

Los Ángeles dormía bajo las brillantes estrellas. Un jinete se detuvo ante la casa de la india Adelia y llamó a la puerta con la culata de un revólver. Tres golpes es-

paciados y dos seguidos. Luego, al cabo de dos minutos, repitió la llamada y la puerta se abrió, permitiéndole entrar, sin descender del caballo, en la casa.

Leocadio Lugones le aguardaba ya en pie.

-Hola, muchacho -saludó *El Coyote,* cuando hubo desmontado-. ¿Hay alguna noticia?

-Muchas, señor; y puede que sean buenas para usted; pero no lo parecen.

-Cuenta. -Volviéndose hacia la india, *El Coyote* ordenó-: Adelia, puedes marcharte. Y procura no escuchar lo que vamos a decir.

-Seguro que no -sonrió la india, marchando con lento paso hacia el interior de la casa.

-Explícalo todo lo más de prisa que puedas -indicó *El Coyote-.* Luego ya te pediré que me aclares algunas cosas.

-Pues llegamos a los sitios que usted nos indicó y mis hermanos fueron a Cordillera y al bosque. A los nueve días de haber llegado, Evelio dio la noticia de que iban a asaltar la diligencia. Jorge Azcón es el que da los informes. Se los transmite a un tal James Kalz, y ése los pasa al resto de la banda. Para engañar a los bandidos, el jefe de las minas hizo cargar el oro en una diligencia en la cual sólo iban pasajeros, mientras que hacía preparar otra, muy custodiada, en la que aparentemente iban trescientos mil dólares. Pero los bandidos asaltaron la primera, se llevaron el oro y se burlaron de las astucias de Nickels, quien está completamente desconcertado, pues no sospecha de Jorge y empieza a creer que tiene espías en su propia casa.

-¿Está seguro Evelio de la culpabilidad de Jorge Azcón? -preguntó *El Coyote.*

-¡Pues claro que está seguro! -Y Leocadio explicó detalladamente lo que había descubierto su hermano.

-¿Habéis dado con el escondite de los bandidos?

-Sí, jefe; pero no lo descubrimos en el primer asalto. Entonces sólo averiguamos el camino que seguían a través del bosque; pero cuando Evelio nos avisó que iban a asaltar otra diligencia, nos apostamos allí y ¡ya lo creo que encontramos la cabaña donde se esconden! Está junto a un camino de carro que conduce a Látigo.

-¿Cómo se desarrolló el segundo ataque?

-El gerente de las minas necesitaba hacer llegar el oro a San Francisco y envió ciento cincuenta mil dólares en lingotes. Detrás de la diligencia iban quince jinetes armados, y dentro de ella otros tres; pero Jorge dio el soplo, y los bandidos esperaron, por primera vez en mucho tiempo, más allá del parador 125, que es el primero que se encuentra después de Látigo, yendo hacia Cordillera. La cosa fue muy sencilla. Colocaron unos barrenos en la falda de la montaña. Usaron nitroglicerina. La metieron en una cueva y ataron a los frascos un cordel muy largo cuyo extremo sostenía uno de los bandidos. En cuanto la diligencia pasó por debajo de donde estaba la carga y dobló el recodo de la carretera, el bandido tiró del cordel, echó al suelo aquellos frascos y voló media montaña. Por suerte para ellos, los guardas iban un poco retrasados y tuvieron tiempo de echarse atrás y salvarse del alud de piedras que se les venía encima; pero ya no pudieron seguir adelante, pues la carretera quedó interceptada. Entretanto, los de la diligencia, medio atontados por la explosión, no se dieron cuenta de que se les echaban encima los bandidos y se encontraron desarmados antes de saber quién les arrancaba los fusiles y los revólveres de las manos. Más tarde los encontraron atados dentro de la diligencia.

-¿Qué va a ocurrir ahora?

-No se sabe; pero Nickels no se atreve a enviar el oro, a pesar de que tiene los sótanos llenos. La agencia Wells y Fargo no quiere cargar con la responsabilidad de trasladarlo, y el *sheriff* de Látigo hace lo humanamente posible por pescar a los bandidos. Le hubiésemos podido decir dónde están; pero...

-Ya sé que no os dije que lo hicierais. Callad. En ese asunto debo intervenir yo. Que Evelio abandone Cordillera y se una a los que están en el bosque. Allí recibirán mis órdenes. ¿Qué has averiguado tú en Látigo?

-Allí hay un tal Jedd Truman que está en muy buenas relaciones con todo el mundo, especialmente con James Kalz y Paul Brandon, que son dos de los miembros de la banda. Kalz opera en Cordillera. El otro, en Látigo. Visitan muy a menudo a Truman.

-Ya sé que es el jefe -replicó *El Coyote-.* Antes averiguaban los envíos de oro por mediación de un tal Hobart que ahora se encuentra en Salt Lake City; al marcharse él, la tarea fue traspasada a Jorge, después de hacer recaer sospechas sobre el infeliz que antes estaba en su puesto.

-¡Vaya niño que les ha salido a los Azcón! -comentó Leocadio-. Suerte para él que su padre no puede verle.

-Oye una cosa -interrumpió *El Coyote-.* Lo que hace Jorge Azcón sólo debo saberlo yo. ¿Entiendes? Repíteselo a tus hermanos. Si alguien llega a enterarse alguna vez de lo que está haciendo... -Con una amplia sonrisa que heló de espanto a Leocadio, el enmascarado terminó-: ¡Si alguien llegara a enterarse de eso, me enfadaría mucho con vosotros! ¡Me enfadaría mucho! No lo olvides. Con los cuatro.

-Ya sabe que... que somos prudentes -tartamudeó Leocadio.

-Sólo deseo que lo sigáis siendo. ¿Sospecha alguien en Cordillera de Jorge?

-No, nadie. De él es de quien menos sospechan. En cambio, del pobre Nickels dicen muchas cosas malas. Él no es el dueño de las minas, sino un gerente, y hay quienes dicen que se está forrando para el día en que le echen.

-Perfectamente. Vuelve a Látigo y aguarda allí mis noticias. Indícame dónde se esconden tus hermanos en el bosque.

-Le traigo un plano que hizo Juan.

-Dame el plano.

El Coyote tomó la hoja de papel en que estaba dibujado el bosque y la estudió un buen rato. Hizo algunas preguntas a Leocadio y, por fin, se levantó.

-Os felicito a todos por vuestro trabajo. No creí que lo realizarais con tal perfección. Adiós. ¿Necesitáis dinero?

-No. Timoteo y Juan han encontrado un yacimiento de oro y lo están explotando. Es una lástima que no podamos quedarnos allí hasta que...

-¿Dónde venden el oro? -interrumpió *El Coyote-.* ¿O es que lo guardan?

-Lo venden en el Banco de Látigo. Es un Banco muy importante, que compra mucho oro y lo envía a San Francisco. Desde Látigo a San Francisco no hay peligro, porque aquellos sitios están muy concurridos. En cambio, de Látigo hacia arriba el territorio está desierto, a pesar de que parece haber oro.

-¿Tiene muchos clientes el Banco?

-Muchísimos. Todos los buscadores de por allí venden su oro.

-¿De quien es el Banco?

-Es una sucursal del Banco Astor, de Nueva York.

-¿Quién la dirige?

-Un señor muy viejo que aún no se ha acostumbrado a los tiros y que todo lo ha llenado de rejas.

-Está bien. Ya averiguaremos más cosas. Vuelve a Látigo y abre mucho los ojos. Averigua todo lo que te sea posible del *sheriff.* ¿Cómo es que no ha dado con el escondite de los bandidos?

-Porque nadie le ayuda. Un cazador que vivía en el bosque le dio una vez una pista; pero antes de que terminase de hablar le pegaron un tiro y por poco matan al *sheriff,* pues le obligaron a permanecer en un hoyo hasta que se hizo de noche.

Después de aquello, por más que el *sheriff ha* pedido ayuda, nadie se la ha prestado. A Timoteo y a Juan también les fue a pedir que le ayudasen, pero ellos, como ya estaban advertidos, no dijeron nada.

El Coyote se puso en pie y, después de unos minutos de inmovilidad, volvióse hacia Leocadio Lugones y le dijo:

-Puedes decir a tus hermanos que estoy muy satisfecho de vosotros. Seguid vigilando.

-¿No sería preferible que Evelio siguiese en Cordillera?

-No. Va a ir allí alguien que le conoce, y no quiero que se sepa que Evelio ha estado en Cordillera.

-¡Pero si no lleva bigote y ni el mismo Jorge Azcón le ha reconocido!

-Haced lo que os digo. Y no olvidéis que nadie ha sido sorprendido por un exceso de precauciones.

El Coyote montó a caballo y abandonó la casa de la india, perdiéndose en la noche.

Aún no había transcurrido una hora cuando ya se encontraba en su casa, sentado en el salón, frente a una bandeja en la que había pollo frío, una taza de caldo y una copa de vino. Junto a la mesa, Guadalupe permanecía inmóvil, con la inquieta mirada fija en César, tratando de adivinar los pensamientos que se agitaban en el cerebro del dueño del rancho de San Antonio.

-Debo marcharme, Lupita -dijo de pronto César.

-¿Por qué? -preguntó Lupe.

-Debo resolver un asunto.

-¿Y exponer su vida?

-Acaso.

-¿Hasta cuándo seguirá así? ¿Por qué ha de correr siempre riesgos terribles? ¡Como si su vida no tuviera ningún valor!

-Sólo vale algo para ti y para el niño.

Guadalupe estuvo a punto de preguntar si no era suficiente; pero se contuvo.

-¿Adónde ha de ir? -inquirió.

-A Cordillera. A un par de días de San Francisco.

-¿No está allí ese bala perdida de Jorge Azcón?

-Sí.

-¿Y es por él por quien va a exponerse?

-Por él menos que por su padre y por Alicia Paredes. La muchacha le ama y tal vez aún sea posible salvarlo. Ella está convencida de poder sacar partido de él.

-¿Y con qué excusa irá a Cordillera?

-Eso es lo que me preocupa. Podría decir que voy a ver a mi prima Adelaida. Vive allí desde que se casó. Pero hasta ahora jamás se me había ocurrido visitarla.

-Creo que la excusa es menos difícil de lo que usted imagina.

-¿Cómo? ¿Se te ocurre alguna?

-Le creí mejor administrador de sus bienes.

-¿Tenemos algo por Cordillera?

-Heredó usted unas montañas...

-¡Oooh! -gritó César-. Pero, cómo he podido olvidarme de eso. ¡Claro! Por cierto que esta noche, cuando Leocadio me dijo que en los bosques y montañas había oro que nadie explotaba, me extrañó. Y no lo hacen porque los yacimientos están en terreno privado y nadie quiere trabajar en beneficio ajeno. ¡Claro! ¿Y cuánto hace que tengo esas tierras?

-Casi unos diez años.

-¡Qué barbaridad! Y a lo mejor paso un mes entero sin encontrar la solución que

tenía continuamente al alcance de la mano. Esas tierras deben encontrarse en el condado de Látigo, ¿verdad?

-Sí. Un hermano de su señor padre se las compró a los indios por un puñado de cuchillos. Luego el señor Greene arregló todo lo referente a los títulos de propiedad, pero como eran tierras sin valor, nunca se ocupó usted de ellas.

-En estos momentos me serán muy útiles -sonrió César-. Y como, según me han dicho, abunda el oro, en adelante nos ocuparemos un poco más de ellas. Mañana iré a despedirme de Alicia. Y como Leocadio aún estará en Los Ángeles, ve a verle y pregúntale si doña Adelaida está todavía en Cordillera.

* * *

-Yo iré con usted, don César.

Alicia pronunció estas palabras con una firmeza tan grande que César de Echagüe comprendió que todos sus esfuerzos por hacerla variar de opinión serian inútiles.

-¿Qué estás diciendo? -protestó la señora Paredes.

-Quiero ir, mamá. Jorge está allí. Puedo estar en casa de tía Adelaida. Y si voy con don César y me acompaña doña Pura, nadie podrá encontrar ningún mal en mi viaje.

César de Echagüe empezó a arrepentirse del impulso que le había llevado allí. Estaba seguro de que Alicia no pensaría en acompañarle, y de pronto se encontraba con que la joven, muy firme, le anunciaba su propósito de ir con él hasta aquel poblado minero donde había tenido la mala ocurrencia de ir a pasar los últimos días de su vida prima Adelaida.

Y no era esto lo peor, sino que, de acuerdo con los informes que le había conseguido Guadalupe, prima Adelaida estaba pasando un mes y pico en Látigo, donde el médico del pueblo le curaba unas afecciones cardíacas, motivadas, sin duda, por la altura a que se encontraba Cordillera. Pero habiendo puesto como una de las excusas de su viaje el ir a visitar a su prima, aprovechando la ocasión de tener que poner en orden sus propiedades, no era cosa de decir ahora que Adelaida no estaba en Cordillera.

Aún luchó algún tiempo; pero al fin, como ya sabía, fue vencido, y con él la señora Paredes y hasta doña Pura, que al saber que pretendían arrastrarla hasta un poblado minero puso el grito en el cielo, para, al fin, quedar amansada y vencida.

Dos días después, Alicia Paredes, acompañada de su tío don César y de su señora de compañía, abandonaban Los Ángeles siguiendo el camino directo, sin necesidad de pasar por San Francisco, viajando en un coche conducido por el mudo pero fiel Matías Alberes[2].

Capítulo V

[2] Véase *El precio del Coyote*.

Sam Nickels toma una decisión

-Tenemos que hacer lo que le he dicho -declaró Sam Nickels-. Si eso fracasa, dimito de mi cargo y me encierro en cualquier rincón del mundo.

-¿Por qué no tiene algún tiempo más el oro? -preguntó Jorge Azcón.

-¿Y qué resolvemos con ello? Tengo medio millón de lingotes. He de enviarlo a San Francisco. Mis jefes lo exigen.

-Pero la compañía no quiere hacerse cargo de ese oro hasta que el tráfico sea menos peligroso -recordó Jorge.

-He solicitado que se nos envíe un escuadrón de caballería para defender nuestro oro. No han querido ni hacerme caso. El ejército está para molestar a los ciudadanos del Sur e imponerles el dominio de los negros; pero en cambio no pueden desprenderse de medio centenar de hombres para restablecer el orden en esta región.

-¿Y cree que es prudente enviar el oro protegido sólo por los que irán en la diligencia?

-No puedo hacer otra cosa. Correré los riesgos que sean precisos; pero he de hacer algo. Iré yo en persona y así acabaré de una vez. Si fracaso, me matarán.

Jorge recordó las palabras de Jay Martin, el *sheriff* de Látigo. ¿No sería Sam Nickels el jefe que se ocultaba detrás de Jedd Truman? En tal caso él estaría sirviendo de tapadera a alguien que estaba mucho mejor enterado que él de cuándo y cómo iba a ser enviado el oro.

-Yo también quisiera acompañarle -dijo Jorge-; pero he de ir a examinar la carretera. La voladura la dejó muy mal, y se me encargó que hiciera un viaje de inspección antes de proseguir el tranco. Empezaré por el parador 126, porque creo que necesita reformas.

-Puede marcharse. En este envío la compañía no tendrá nada que ver. Pagaré la diligencia y utilizaré caballos nuestros. Así Wells y Fargo no arriesgarán nada -Jorge abandonó poco después el despacho de Sam Nickels, y éste, al quedar solo, abrió uno de los cajones de su mesa y de entre varios documentos sacó una carta que había recibido unos días antes. Abriéndola, la releyó, aunque se la sabía de memoria, si bien no lograba identificar la extraña firma:

> *Señor Nickels. Ha perdido usted mucho oro y le va a ser difícil recuperarlo. El único medio de conseguirlo está, tal vez, en marcar los lingotes que envía con una señal que sólo usted conozca y que sea lo bastante pequeña para que pase inadvertida. Si lo hace y esos lingotes aparecen,* se *encontrará al que organiza su robo. Éste es el consejo de un amigo.*

No había enseñado a nadie aquella carta. Porque consideró acertado el consejo, todos los lingotes que esperaban en el sótano el momento de ser enviados a San Francisco, tenían grabado un número tan pequeño que para leerlo se necesitaba una lupa y conocer el sitio exacto donde se encontraba. Tal vez no diera ningún resultado, pero valía la pena tomarse la molestia, ya que si perdía otro cargamento de oro y no era recuperado, él tendría que ceder el puesto a otro, pues la paciencia de sus jefes estaba agotada.

Entretanto, Jorge Azcón había llegado a la agencia, donde encontró, esperándole, a James Kalz, a quien anunció:

-El oro irá en una diligencia dentro de la cual viajarán dos pistoleros contratados exclusivamente para ese trabajo. Otro irá en el pescante, al lado del cochero. También irá Nickels. Yo me he excusado diciendo que debo visitar la línea. El oro irá

oculto dentro del coche.

-¿Cuándo tendrá lugar el envío? -preguntó Kalz.

-Pasado mañana por la mañana.

-Bien. Avisaré al jefe. Adiós.

Jorge Azcón siguió arreglando los asuntos pendientes, guardó las cartas recibidas de la central, y a la mañana siguiente partió hacia el parador 126.

Una hora después de su marcha, tres jinetes llegaban a Cordillera, seguidos por un par de caballos en los que llevaban el equipaje. Uno de los jinetes era la muchacha más bonita que se había visto en Cordillera desde la fundación del poblado. El segundo jinete era la mujer menos atractiva que se podía imaginar, y el tercero era don César de Echagüe, quien explicó al propietario del único hotel del lugar:

-Veníamos en coche desde Los Ángeles; pero llegamos a un sitio donde era imposible seguir adelante y más imposible volver atrás, porque no había espacio para dar la vuelta. Como teníamos que llegar hasta aquí, alquilamos estos caballos y, aunque con algún retraso, ya hemos llegado. Supongo que no le faltarán habitaciones para nosotros, ¿verdad?

El hotelero aseguró que eran habitaciones lo que más le sobraba y se dispuso a prepararlas en seguida.

-¿Dónde está la agencia Wells y Fargo? -preguntó Alicia, antes de que el hotelero se alejara.

-Si sale usted a la calle la verá a menos de cincuenta metros; pero si quieren tomar pasaje en la diligencia no podrán hacerlo. El factor se ha marchado.

-¿Jorge? -preguntó Alicia.

-Sí, el señor Azcón se marchó a revisar no sé qué. Creo recordar haber oído decir que estaba en alguno de los paradores. El servicio de diligencias anda algo desordenado.

Alicia miró, como atontada, al hombre.

-¡Y yo que creí...! -empezó.

-La señorita es la prometida del señor Azcón -explicó César-. Venía a verle y a ver a su tía Doña Adelaida...

-Tampoco está aquí, señorita -dijo el hotelero, dirigiéndose a Alicia-. En cuanto la vi me dije que me recordaba a alguien. Claro que es usted el vivo retrato de su tía cuando era joven. Yo la conocí al poco tiempo de casarse... Pero tuvo mucha desgracia. Ahora está delicada del corazón y ha ido a pasar algún tiempo en Látigo. Allí la encontrarán.

-¿Tampoco está mi tía?

-Ya sabía yo que este viaje no saldría nada bien -refunfuñó doña Pura, que no acostumbrada ya a viajar sobre caballo, tenía el cuerpo deshecho y el humor mucho más deshecho todavía.

En un esfuerzo para ayudarles, el hotelero propuso:

-¿Por qué no hablan con el señor Nickels? Él organiza mañana una diligencia y tal vez les pueda ofrecer un puesto. Si no tienen nada que hacer aquí, Cordillera es muy aburrido. Látigo ya es otra cosa. Existe algo más de vida. Aquí sólo la tenemos los sábados por la noche y los domingos durante todo el día, aunque entonces suele abandonarnos violentamente alguno de nuestros amigos que tropieza con una bala o recibe alguna que no iba dirigida a él.

-¿Y quién es el señor Nickels? -preguntó César de Echagüe, que parecía profundamente aburrido.

-El gerente de las minas. Les indicaré dónde está su casa. Ahora le podrán encontrar, pues le vi entrar no hace mucho. Vean...

El hotelero indicó, desde la puerta, la casa de Nickels, y hacia ella se dirigieron

don César y Alicia, en tanto que doña Pura se dejaba caer en un sillón, prometiendo no abandonarlo en varías horas.

Cuando iban a entrar en casa de Nickels, éste apareció en la puerta, acompañado de tres hombres.

César los identificó en seguida. Dos de ellos eran pistoleros tejanos. El otro vestía también a la moda tejana; pero su rostro y su aspecto eran propios de los naturales de la Louisiana. Los tres se hacían notar, sobre todo por cómo llevaban los revólveres. En primer lugar llevaban dos, cosa poco corriente en California, donde escaseaban muchísimo los hombres capaces de disparar a la vez dos revólveres y hacerlo contra dos blancos distintos. Aquellos revólveres mostraban las culatas abrillantadas por el mucho uso. En parte de ellas había desaparecido el pavón, dejando a la vista el brillo del acero pulido por el roce de la mano. Además, las fundas en que estaban metidos habían sido muy engrasadas, para facilitar la salida de las armas. Y como no era de suponer que aquellos hombres estuvieran continuamente disparando contra enemigos, lo más lógico era pensar que se adiestraban diariamente para estar preparados cuando llegase el momento de entrar en acción.

-Hasta mañana, señor Nickels -dijo uno de los tejanos.

-Adiós -les despidió el gerente.

Cuando los tres hombres pasaron junto a Alicia, los dos tejanos la saludaron sin dejar de mirarla fijamente. En cambio, el tercero le hizo casi una reverencia que hacía pensar en que alguno de sus antepasados había hecho lo mismo en Versalles.

-¿Qué desean? -les preguntó Nickels, cuando sus visitantes avanzaron hacia él.

-La señorita es la prometida del señor Azcón -explicó César de Echagüe-. Venía a ver a su tía y a su prometido y se ha encontrado con que ni una ni otro están aquí. Llegamos por el camino de Los Ángeles; pero tuvimos que dejar el coche a causa de las dificultades que nos impedían seguir adelante. Yo debo trasladarme a Látigo para poner en orden unas propiedades que he tenido olvidadas durante diez años. ¡Oh, perdón! Me olvidé presentarme. Soy César de Echagüe, de Los Ángeles.

-¿El señor Echagüe? -El rostro de Nickels se iluminó-. ¡Cuánto me alegra verle aquí! El señor Azcón me ha hablado varias veces de usted. Precisamente quería hablarle de sus propiedades del condado de Látigo. Es usted propietario de toda una sierra cuya adquisición nos interesa mucho. Si no hubiera sido porque desde hace tiempo las cosas marchan muy mal aquí, hubiese ido ya a Los Ángeles a preguntarle cuánto quiere por sus tierras.

-Hubiese tenido mucho gusto en recibirle; pero le advierto que hasta hace unos días no recordé que era dueño de esas tierras. Supongo que le interesarán por el oro que hay en ellas, ¿no?

Nickels quedó desconcertado por lo directo de la pregunta.

-Cla... claro -tartamudeó-. Creemos que hay algunos yacimientos, aunque ignoramos su importancia. Algunos buscadores de oro se han metido por allí y han sacado algún oro; pero como no pueden estacar los placeres, ya que se hallan dentro de una propiedad particular, se marchan pronto.

-Lo que ahora nos interesa más es ir a Látigo -interrumpió don César-. Nos dijo el hotelero que usted organizará mañana una expedición en diligencia. Algo así entendimos.

Nickels se turbó visiblemente.

-Sí... sí... Pienso ir con unos amigos, los mismos que han salido cuando ustedes llegaban. Pero... no sé si podré... Mejor dicho, no puedo admitirles en la diligencia.

-¿Por qué? -preguntó vivamente Alicia.

-Porque... porque pueden correr peligro.

-Ya estamos acostumbrados a los peligros. Por lo que dijo el dueño del hotel, la

línea de diligencias no funciona.

-No, desde luego, no funciona. Y tardará mucho en volver a funcionar.

-Tendremos que permanecer aquí -suspiró César.

-En cuanto yo regrese de San Francisco, procuraré hacerles muy agradable su estancia en este pueblo -prometió Nickels.

-Antes de que vuelva nos habremos muerto de aburrimiento -bostezó don César-. En cambio, viajando con usted podríamos llegar a algún acuerdo acerca de las tierras que tanto le interesan.

-Es que... ya les dije que es peligroso viajar.

-Pero no tenemos más remedio que hacerlo. La señorita no puede permanecer muchos días aquí, no estando su tía. Su buen nombre no se lo permite. Además, Cordillera no es el lugar más indicado para servir de residencia a una joven.

-Desde luego -admitió Nickels-; pero es que no pueden acompañarnos. Se expondrían a un grave peligro. Estos lugares no son seguros. ¿Por qué no hacen el viaje a caballo?

-¿Y cree que entonces iríamos más seguros? -preguntó Alicia-. ¿O es que así se evitaría usted el tener que velar por nuestra seguridad?

-¡Por Dios, señorita, no hable usted así! -protestó el gerente-. Me interesa su seguridad personal y por eso no quiero que nos acompañe.

-¿Teme por su responsabilidad? -preguntó don César-. En ese caso, ¿por qué no nos hace firmar un documento en el cual reconozcamos los peligros a que nos exponemos y con el que le salvemos de toda censura?

-Eso es -dijo Alicia.

-¡Está bien! -exclamó Nickels-. Lo haremos así, ya que insisten en ello; tal vez... Bueno, quizá sea mejor así.

-¿Qué quiere decir? -preguntó César.

-No puedo explicárselo, señor -replicó Nickels, por cuyo cerebro estaba pasando la idea de que la presencia de otros viajeros permitiría, acaso, librarles de las sospechas de los bandidos-. Mañana por la mañana, a primera hora, saldremos hacia Látigo. Espero que en el parador 126 encontremos al señor Azcón.

Capítulo VI

En el abismo

El oro había sido cargado en la diligencia antes de que el carruaje fuese sacado de la cochera. En la calle fueron colocados en su sitio los equipajes de los viajeros. Uno de los tejanos se sentó junto al mayoral, mientras el otro y su compañero se instalaron dentro, al lado de Nickels. El más joven, o sea el de Louisiana, dirigía continuas aunque disimuladas miradas a Alicia, que estaba sentada frente a él, junto a la ventanilla, al lado de doña Pura, que iba entre ella y don César.

Alicia advirtió el interés que por ella sentía el joven pistolero; pero aunque no hizo nada por fomentarlo, tampoco trató de mostrarse enfadada. Aunque amaba a Jorge, era mujer y no podía desagradarle la admiración de otro hombre, siempre y

cuando aquella admiración no pasara de los límites de la buena educación.

Partió al fin la diligencia, perseguida por unos cuantos perros y los gritos de los mineros que habían ido a despedir a su jefe. Perdióse al final de la cuesta que se iniciaba a la salida de Cordillera, y cada uno volvió a su tarea.

En el coche, los viajeros se iban habituando al ruido de la marcha y al polvo que penetraba por todas las ventanillas, protegidas sólo por unas cortinillas de lona, ya que en aquellas carreteras hubiera sido locura poner cristales a las ventanillas, pues en un momento hubiesen saltado hechos añicos.

Por respeto a las señoras ninguno de los viajeros fumaba, aunque hubiese sido difícil decir si el humo del tabaco podía ser peor que el denso polvo que flotaba en el interior de la diligencia.

Ésta avanzaba muy de prisa, casi persiguiendo a los caballos, cuyo único interés se hubiera dicho que era el de ponerse lejos del vehículo que, impelido más por su propio peso que por la fuerza de ellos, les seguía con ensordecedor estruendo.

En menos de media hora se encontraron a unos quinientos metros más abajo de Cordillera. En aquel punto el camino se hizo menos malo, pues la tierra había sustituido a los pedruscos que constituían la carretera. Cruzaron el vado y entraron ya en la región de los bosques. En su iniciación éstos eran poco densos; pero a medida que adelantaba el viaje se hacían más espesos y se veían ya numerosos pinos y abetos centenarios.

-Cuando yo llegué a California aún había indios por estos sitios -comentó Nickels.

-En mi infancia sólo había indios -replicó César-. Mi padre me contaba que entonces ellos eran felices. Ése fue su error.

-¿Qué quiere decir? -preguntó el de Louisiana.

-Que el hombre comete un gran pecado cuando es feliz. Siempre verá que cuando se siente feliz le ocurre inmediatamente algo malo. Ustedes, los del Sur, eran felices. Y ahora tienen que andar por estas tierras sin hogar, viviendo de recuerdos.

-Si California hubiera cumplido sus deberes con la Confederación, quizá, ahora, yo no estuviese aquí –replicó el otro.

-No hables a Jules de la guerra civil –dijo el tejano-. Era demasiado joven para que lo admitieran en el ejército; pero en cuanto fue capaz de empuñar un revólver y de dispararlo con alguna probabilidad de dar en el blanco, empezó a practicar con los negros que molestaban a las damas de Nueva Orleáns. Al fin tuvo que huir a Tejas.

-Yo sentí siempre una gran admiración por ustedes –dijo Alicia-. Porméritos, debieron haber vencido. Creo que tenían la razón.

-Pero el Norte tenía todos los cañones y fusiles -dijo César-. Y en la vida una razón es más razón cuando se apoya sobre un buen surtido artillero. Lo he observado en distintas ocasiones: cuanta más fuerza se tiene, más razón se posee. Y cuando no se tiene fuerza, la razón no sirve más que para molestar al que es dueño de la fuerza. El Sur debió haberse preparado mejor.

-Una derrota como la nuestra es siempre honrosa -replicó Jules.

-Pero no deja de ser una derrota. En fin, todas las batallas que se tenían que perder ya fueron perdidas. Ahora están peor que antes, y los que no nos metimos en el jaleo aquel hemos salido bien librados y tenemos algo más de lo que hubiésemos tenido si California también se hubiera puesto a hacer guerra.

-Yo estuve en unas cuantas batallas de las buenas -dijo el tejano-. Creo que fui uno de los pocos que salieron de aquellos infiernos sin un rasguño.

-¿Se cometen muchos asaltos, señor Nickels? -preguntó Alicia.

-Más de los que nosotros quisiéramos -replicó el gerente-. Ya pasa bastante del millón lo que nos han quitado.

-¿Y puede su compañía resistir tantas pérdidas? -preguntó César.

-Al principio, la única perjudicada fue la agencia Wells y Fargo, que entonces tomaba el oro, entregaba un cheque sobre Nueva York y se encargaba de trasladar el metal a San Francisco, a su riesgo; pero cuando hubo perdido casi un millón desistió y nos dijo que no podían seguir soportando unas pérdidas que sobrepasaban los cálculos más optimistas. Entonces tuvimos que correr los riesgos nosotros y hemos sufrido unas cuantas pérdidas muy grandes.

-¡Ya se ve el parador! -gritó en aquel momento el mayoral.

Desde las ventanillas los viajeros pudieron ver, a lo lejos, la construcción de ladrillos y troncos que servía de parador a las diligencias. Además de la casa donde vivían los empleados, había una cuadra donde estaban los caballos que sustituían a los que llegaban rendidos. Eran unos quince y sus viajes se limitaban a ir hasta Cordillera y volver, o hasta el parador 125.

Cuando la diligencia se detuvo, después de cruzar la empalizada que defendía el parador, un hombre que fumaba un cigarro acercóse al carruaje. Al fijarse en el viajero que se encontraba junto a una de las ventanillas, lanzó una exclamación de asombro:

-¡Don César! ¿Usted aquí?

Antes de que César de Echagüe pudiera replicar, se oyó un grito de:

-¡Jorge!

Jorge Azcón palideció mortalmente. Casi sin voz, musitó:

-¡Alicia!

Fue al otro lado del carruaje en el momento en que se abría la portezuela y Alicia saltaba al suelo para correr hacia él.

-¿Cómo estás aquí?

-Vine a verte -explicó Alicia-. Don César me acompañó. Tenía que venir para unos negocios y le pedí que me trajera con él.

-¿Adonde vas ahora? -preguntó Jorge.

-A Látigo. Allí está mi tía...

-Sí... pero... ¿Cómo vas en esa diligencia?

-Nos costó mucho convencerle, pero al fin el señor Nickels consintió en dejarnos subir.

-Debes quedarte aquí, Alicia. No continúes el viaje.

-¿Por qué no?

-No debes seguir. Hay peligro.

César de Echagüe había descendido del carruaje y, acercándose a los dos jóvenes, saludó:

-¿Qué tal, Jorge? Parece que no te prueba mucho la estancia aquí. Tienes muy mal aspecto y, sin embargo, esto es muy sano.

-Don César, debe usted convencer a Alicia para que no siga en esa diligencia.

-¿Por qué? -preguntó César, mirando fijamente al joven-. ¿Qué motivos existen que impidan seguir el viaje?

-Es que pueden... ¡Oh! No sé cómo decirlo. En esa diligencia -agregó Jorge, bajando la voz- va una gran cantidad de oro. Pueda ser asaltada por los bandidos.

-Aunque así fuera -dijo Alicia-, a nosotros no nos ocurriría nada malo. Todo el mundo nos ha dicho que esos bandidos no matan a nadie.

-Pero en esa diligencia van unos hombres que son pistoleros profesionales y resistirán. Pueden cambiarse algunos disparos y...

-Creo que exageras tus inquietudes, muchacho -dijo César-. Veo que ya han enganchado los caballos. Vamos a continuar el viaje.

Jorge Azcón quedó inmóvil unos momentos. Al fin, tomando una decisión, fue

hacia Nickels y le pidió:

-No siga el viaje, señor Nickels. He oído rumores de que los bandidos piensan atacar...

-Yo también los he oído -replicó el gerente-; pero de todas formas he de seguir adelante. Usted no ha de correr ningún riesgo.

Tras una vacilación, Jorge se dirigió hacia Alicia, diciendo:

-Está bien, os acompañaré. Me instalaré en el techo de la diligencia.

-Puede ocupar mi sitio, caballero -dijo Jules, saltando del carruaje-. A mí me gusta ir arriba.

Empuñando un rifle Henry, el joven encaramóse sobre el techo del vehículo, mientras Jorge, después de recoger su reducido equipaje, ocupaba el puesto que le había sido cedido.

Reanudóse el viaje y César no fue el único en advertir el nerviosismo de Jorge, aunque tal vez fue el único que lo interpretó debidamente. En el cerebro de Alicia iba introduciéndose la sospecha de que su novio era un cobarde.

A medida que iba quedando atrás el parador, los nervios de Jorge se hallaban más y más tirantes, hasta que al fin, volviéndose hacia Nickels, gritó:

-¡No debía usted haber traído a dos mujeres! ¡Sabe que las expone a la muerte!

-¡Cállese! -gritó Nickels-. ¿No le da vergüenza ser tan cobarde?

-¡No soy cobarde, ni soy de los que buscan protegerse detrás del cuerpo de una mujer!

-¿Qué está insinuando?

-Cálmense, caballeros -aconsejó César-. Los dos están nerviosos y no creo que exista motivo.

-¡Ya le he dicho lo que llevamos encima! -replicó Jorge-. Medio millón en oro. La compañía no ha querido hacerse responsable. Sólo ha cedido el coche. Y ese hombre quiere hacerlo llegar a San Francisco...

-El señor Nickels hizo lo humanamente posible por impedir que realizásemos este viaje -explicó César-. Si hubieras estado en Cordillera, es posible que Alicia no hubiese tenido ninguna prisa por ir a ver a su tía.

-¡Oh! -Jorge inclinó la cabeza y quedó callado. Prosiguió el viaje sin que se volviese a reanudar la discusión; pero el ambiente dentro del vehículo habíase hecho más tenso, y el aire parecía más enrarecido que cuando el polvo penetraba a raudales por las ventanillas.

César de Echagüe observaba indistintamente a Jorge, Alicia y Nickels y percibía claramente las reacciones de los tres. El gerente de las minas estaba arrepentido de haber tolerado que ellos viajaran en la diligencia. Alicia estaba viendo a su prometido bajo una nueva faceta, desconocida hasta entonces. Lo veía como un cobarde, porque no sabía la verdad. Y Jorge se sentía abrumado por su propia obra, que ahora estaba poniendo en peligro la vida de la mujer a quien amaba por encima de todas las cosas, pero cuyo amor no fue suficiente para permitirle enfrentarse valientemente con los resultados de sus locuras.

Los que de cuando en cuando posaban la mirada en César de Echagüe pensaban exactamente lo mismo; aquel era un hombre feliz, un hombre rico, sin problemas, que aceptaba lo bueno y lo malo de la vida con un espíritu cínico que le colocaba a cubierto de esas terribles sorpresas que alcanzan, a veces, al hombre que vive con ilusiones o ideales, negándose a reconocer la realidad de las cosas.

El sol, que durante la última parte del viaje había caído de plano sobre la diligencia, comenzó a penetrar lateralmente en ella. Se iniciaba la tarde. Dentro de muy poco llegarían al parador 125, donde podrían comer y disfrutar de media hora de reposo antes de emprender la última etapa del viaje hasta Látigo. Nickels empezaba a

sentir alivio. Habían sido dejados atrás los puntos más peligrosos, donde se realizaron casi todos los anteriores asaltos. Cuando la puerta de troncos del parador se cerró tras la diligencia, el gerente lanzó un suspiro de alivio. Claro que aún quedaba la última parte del viaje, en la cual fue asaltada la diligencia una vez; pero el caso era distinto.

El mejicano que cuidaba del mesón del parador abrió la portezuela y saludó con voz ronca a los pasajeros, invitándoles a que descendieran, pues la comida estaba ya aguardándoles.

Saltaron a tierra todos, ansiosos de desentumecer las piernas y el cuerpo; luego entraron en el parador.

Las mujeres iban delante. De súbito escucharon una imperiosa orden y al volverse vieron que detrás de los tres pistoleros, de Jorge, de Nickels y de don César, habían aparecido unos hombres con el rostro cubierto por unos pañuelos anudados a la nuca, en cuyas manos se veían negros revólveres con los que tenían dominados a los viajeros.

-¡Quietos todos y levanten las manos! -ordenó el que parecía el jefe-. Sigan hasta el comedor.

Empujados por los desconocidos, los hombres avanzaron hasta el comedor del parador, mientras el propietario era también obligado a entrar hasta allí. Rápidamente los bandidos libraron a los viajeros de sus armas, que tiraron a un rincón.

-Ahora, atadles -dijo el jefe, cuya voz resonaba claramente en los oídos de Jorge, aunque él no hizo nada por demostrar que le conocía.

Alicia, con los ojos desorbitados por el horror, parecía no ver nada; pero Jules, que la observaba atentamente, la vio acercarse a uno de los revólveres que habían sido tirados al suelo y colocarse sobre él, de forma que su larga falda lo ocultase. Jorge también vio la acción de su prometida y tuvo que contenerse para no gritar y pedirle que no hiciese ninguna locura más.

-No les ocurrirá nada malo -dijo el jefe de los bandidos-. Les aseguro que no deseamos perjudicarles. Nos llevaremos el oro y ni siquiera tocaremos sus equipajes. Estarán aquí hasta que venga alguien a liberarles. Puede que antes de la noche ya estén libres. Hasta es posible que dejemos a las señoras sin atar; pero deben prometernos que no intentarán ninguna acción contra nosotros.

Nadie contestó. Nickels parecía haber envejecido veinte años en otros tantos segundos. Jorge tenía la barbilla hundida en el pecho. Jules conservaba su actitud arrogante y su mirada estaba intensamente fija en Alicia. Ésta parecía hallarse muy lejos de allí, mientras que su dama de compañía habíase dejado caer en un cofre, en apariencia desmayada. Los dos tejanos acusaban claramente su rabia e impotencia, y César de Echagüe, con las manos atadas a la espalda, parecía estar asistiendo a una divertida comedia.

-Mientras recogemos el oro -explicó Jedd Truman-, tendrán que soportar la presencia de uno de mis hombres. No es muy agradable y además tiene una peligrosa afición a las armas de fuego. Se lo advierto. Adiós.

Cuando el jefe de los bandidos hubo salido, Alicia preguntó al que quedaba de guardia:

-¿Puedo sentarme en el taburete que tengo a mi espalda?

-Desde luego, reina -contestó el bandido.

Alicia sentóse. Jorge y Jules comprendieron su intención. Con sólo que se inclinara un poco hacia delante alcanzaría el revólver escondido debajo de su falda.

-Marcelino, eres un canalla -dijo Nickels, dirigiéndose al mejicano encargado del mesón.

-¡Señor Nickels! -protestó el hombre-. ¿Qué quería usted que hiciese, si me habían amenazado con matarme al menor intento que hiciera de avisarles?

-Marcelino tiene toda la razón del mundo -comentó César de Echagüe-. No se le puede exigir que, además de ser mesonero, sea un héroe.

Mirando luego a Alicia, movió negativamente la cabeza; pero la joven había tomado ya una decisión e inclinándose como para arreglarse la falda recogió el pesado revólver y, levantándolo rápidamente, disparó contra el centinela, que en aquel momento le volvía la espalda.

Lanzando un ronco grito, el hombre cayó de bruces, mientras que la joven, horrorizada por lo que acababa de hacer, quedaba inmóvil, sin decidirse a continuar su obra. Fue Jules quien, saltando hacia ella, le indicó:

-Dispare sobre las cuerdas que me atan las manos. No pierda un segundo.

Alicia apoyó el cañón del arma en la cuerda que inmovilizaba al joven y apretó el gatillo. La bala segó la cuerda y Jules, ya libre, corrió a apoderarse de las armas del bandido a quien había matado Alicia; pero se había perdido ya un tiempo precioso, y cuando Jules tuvo el revólver en su mano, por el pasillo llegaban los bandidos. Sólo pudo hacer un disparo, antes de que varias balas le derribasen contra el suelo, sobre el cadáver del centinela. Después los bandidos entraron, en el comedor.

-¡Suelta esa arma, Alicia! -pidió Jorge.

Pero Alicia, con la mirada perdida y la boca entreabierta, parecía hallarse fuera de su propio cuerpo. Había amartillado de nuevo el revólver y lo disparó contra el bandido que iba hacia ella.

-¡Maldita perra! -rugió el hombre, en cuyo brazo la bala había abierto un sangriento surco. En seguida disparó dos veces.

Cuando Jorge, a pesar de estar maniatado, quiso lanzarse sobre él, el hombre le golpeó en la cabeza con el cañón de su arma, haciéndole caer de bruces.

Jorge sintió el golpe y notó que los sentidos huían de su cerebro; luego tuvo la impresión de que se Hundía en un abismo. Todo giró a su alrededor y en medio de aquel torbellino vio la burlona sonrisa del *Coyote* que parecía recordarle que al fin se había cumplido su pronóstico.

Luego todo fueron tinieblas. El último deseo de Jorge Azcón fue el de no despertar jamás.

Capítulo VII

El Coyote interviene

Pero, lentamente, Jorge Azcón fue recobrando el conocimiento y, al abrir los ojos, vio inclinado sobre él a César de Echagüe.

-Por esta vez no te han matado -dijo, fríamente, el californiano-. Aunque tal vez hubiera sido mejor para ti.

Jorge no se atrevió a preguntar nada. Esperó unos minutos, y como Alicia no se acercaba, comprendió la verdad.

-¿Ha muerto? -preguntó.

-Ha muerto -replicó César, cuya mirada habíase desviado del joven que estaba tendido ante él-. Y también murió aquel muchacho que quiso defendernos.

-Yo también debiera haber muerto -sollozó Jorge.

-Para tus padres hubiera sido un bien muy grande.

-¿Por qué dice eso? -preguntó Jorge-. ¿Por qué habla así?

-Hay muchas cosas demasiado claras, Jorge -respondió César.

-¡Si usted no la hubiese traído! -chilló el joven, tratando de incorporarse; pero desistiendo al notar que la cabeza parecía a punto de estallarle en mil pedazos.

-No me achaques culpas que no son mías -replicó César, poniéndose en pie y acercándose a sus compañeros.

Nickels estaba sentado frente a una mesa, con el rostro escondido entre los brazos. Los dos tejanos paseaban por la habitación, fumando unos cigarrillos que acababan de encender. Marcelino estaba derrumbado en un sillón frailuno, y en su rostro se leía un profundo atontamiento. En una habitación vecina se oían los gimoteos de doña Pura y de la mujer de Marcelino, que había sido la encargada de liberarlos media hora después de la partida de los bandidos con todo el tesoro que se guardaba en la diligencia.

César entreabrió la puerta. Sobre el lecho descansaba el sueño eterno Alicia Paredes. La muerte había sido piadosa con ella. Parecía dormida, a punto de despertar. En el suelo, sobre una manta, estaba Jules. El pistolero había muerto siguiendo su código. Otro hombre le había precedido en su último viaje.

Los bandidos se habían llevado a sus dos compañeros muertos y, además, todos los caballos del parador, que utilizaron para cargar el oro.

Saliendo al patio, César descolgó su equipaje. El de Alicia quedó donde estaba.

Cargado con su maleta, César entró de nuevo en el parador y buscó una habitación. Eligió la más apartada y después de cerrar la puerta con llave abrió la maleta. No parecía haber sido examinada. Los bandidos habían cumplido su palabra. Encontró una cartera con dinero y por último abrió un fondo secreto. Menos el sombrero, allí estaba todo el equipo del *Coyote.* Y lo principal eran los dos revólveres y el plano que le entregara Leocadio Lugones.

Cerrando de nuevo la maleta, regresó al comedor. Todos continuaban en sus mismas posturas. Nickels, rumiando su ruina. Jorge, sentado contra la pared, parecía no haber comprendido aún los efectos de su delito. Los tejanos habían terminado sus cigarrillos y estaban liando otros. Marcelino movía negativamente la cabeza, como rechazando algún pensamiento desagradable.

Acercándose al mostrador del bar que se encontraba en una habitación contigua, César cogió un par de botellas y regresó al comedor; luego buscó unos vasos y los llenó. Los primeros en aceptar el licor fueron los tejanos, después, Jorge bebió el licor que le ofrecía César, y también Marcelino bebió ávidamente. Nickels fue el único que rechazó el alcohol, estrellando el vaso contra el suelo.

Llegó la noche y la mujer de Marcelino encendió fuego en la chimenea y frió unas lonjas de tocino ahumado. Nickels y Jorge no quisieron probarlo. El segundo sólo deseaba beber y la botella que se había agenciado estaba ya casi vacía. A pesar de que había bebido lo suficiente para derribar al hombre más recio, conservaba todos los sentidos. El alcohol pasaba por su garganta como si fuera agua, negándole el consuelo del olvido.

Los tejanos y César fueron los únicos que comieron; luego el californiano retiróse a descansar, aconsejando a Jorge que hiciera lo mismo.

Tan pronto como estuvo encerrado en su habitación, César aseguró la puerta con el cerrojo y abriendo la maleta sacó de ella su traje. En diez minutos el cínico ranchero quedó convertido en *El Coyote;* y como no tenía el sombrero, se cubrió la cabeza con un gran pañuelo. Luego saltó por una ventana y marchó en dirección a los bosques. Caminaba de prisa, guiándose por el plano que le entregara Leocadio. Una

hora después alcanzaba la cabaña de sus hombres.

—*¡El Coyote!* -anunció Juan Lugones.

-¿Dónde está la cabaña de los bandidos? -preguntó el enmascarado.

-Está cerca.

-Prestadme un caballo y vayamos hacia allí.

Los tres hermanos le siguieron en seguida, mientras Juan indicaba el camino.

-Esta tarde pasaron con muchos caballos cargados -explicó Evelio.

-¿Guardan el oro en la cabaña?

-No. Yo les seguí; pero al poco rato de haber llegado ellos, apareció un carro y en él cargaron todo el oro, marchando en seguida hacia Látigo. Les seguí; pero a mitad de camino hay un enorme terreno descubierto. Tuve que esperar mucho rato antes de poder cruzarlo. Cuando lo hice, el carro había desaparecido. Creo que se dirigió a Látigo.

-¿Están todos los bandidos en la cabaña?

-Hay cuatro. Otros dos llegaron muertos y ya están enterrados. Y el que parecía el jefe se marchó con el oro.

Juan Lugones calló, pues habían llegado ya a la vista de una cabaña que se levantaba junto a un mal camino de carro.

-Yo solo me encargo de ellos -dijo *El Coyote-.* No quiero exponeros a ningún peligro. Sólo necesito que uno de vosotros golpee la ventana de la cabaña con una rama. Cuando ellos miren hacia allí, yo entraré.

-Es gente muy peligrosa -advirtió Evelio.

-Ya lo sé. Después de este trabajo os marcharéis a Los Ángeles y olvidaréis todo lo ocurrido.

-Podemos serle necesarios...

-Ya habéis hecho todo lo que yo necesitaba de vosotros. Timoteo podrá golpear la ventana. Evita asomar la cabeza, porque te la podrían volar.

Deslizándose, como dos sombras, *El Coyote y* Timoteo Lugones llegaron hasta la cabaña y mientras el segundo se agazapaba al pie de la única ventana, *El Coyote* fue hasta la puerta y desenfundando sus dos revólveres hizo una seña a Timoteo, que levantando la mano con que sostenía una rama de pino, golpeó fuertemente con ella el cristal de la ventana.

James Kalz, Paul Brandon, Victor Happel y William Morrison se volvieron nerviosamente hacia la ventana y cada uno de ellos acercó la mano a la culata de su revólver. Durante unos segundos parecieron estatuas de piedra, pero no obstante tener todos los sentidos en tensión, ninguno de ellos oyó el suave abrirse de la puerta, ni la entrada del enmascarado con el que se enfrentaron, incrédulamente, cuando al volverse para sentarse de nuevo, convencidos de que el rumor que llegó hasta sus oídos fue producido por algún pájaro nocturno atraído por la luz de la cabaña, se vieron ante él, que les encañonaba con sus dos revólveres.

-¿Qué...? -empezó Happel, tratando de empuñar su arma.

Un disparo le interrumpió y, soltando la culata que ya había rozado, Vic Happel se llevó la mano a la destrozada oreja.

Otras tres veces disparó el enmascarado y cada uno de los bandidos sintió en la oreja derecha la dolorosa mordedura del plomo, que llevó al cerebro de todos el mismo nombre:

-¡El Coyote!

Un terror pánico se apoderó de los cuatro bandidos, que levantaron las manos, pidiendo al mismo tiempo.

-¡No nos mate, señor!

-No tengáis miedo. No os mataré. Os reservo para la horca, a menos que inten-

téis algo que no debéis intentar. El primero de la izquierda puede bajar las manos, soltarse el cinturón y dejarlo caer al suelo. Si intenta empuñar el revólver le mataré.

Ninguno de los cuatro bandidos intentó defenderse. Uno tras otro dejaron caer sus armas y juntos salieron de la cabaña cuando *El Coyote* les ordenó que lo hicieran.

-Vamos a ir a Látigo -explicó a sus prisioneros-. Montaréis a caballo y os recuerdo que soy capaz de disparar mucho más de prisa de lo que puedan galopar vuestros animales.

Los cuatro bandidos no intentaron ni por un momento escapar, y tres cuartos de hora más tarde, los noctámbulos de Látigo vieron avanzar por la calle Mayor una sorprendente comitiva formada por cuatro nombres de ensangrentados rostros, seguidos por un enmascarado que, revólver en mano, no los perdía de vista un instante.

Cuando todos comprendieron quién era el enmascarado, su nombre corrió de boca en boca.

-¡El Coyote! ¡El Coyote!

Era un héroe demasiado popular en aquella región para que nadie intentase nada contra él. Rodeado por una multitud que le aplaudía entusiasmada, llegó con sus cautivos frente a la oficina del *sheriff*

Jay Martin, prevenido ya de la llegada del *Coyote,* le esperaba en la puerta.

-¿Qué significa eso? -preguntó.

-Sheriff, le traigo a cuatro de los hombres que este mediodía han asaltado la diligencia en el parador 125. Entre ellos están los culpables del asesinato de una mujer y de un hombre, y los cuatro son culpables del robo de medio millón en oro que era transportado en la diligencia. Supongo que se hará justicia y que no me veré obligado a volver para imponerla a mi manera.

-Desde luego -replicó Jay Martin-. Nos hace usted un gran favor. Esos malditos nos han estado perjudicando durante muchos años.

-Ya no les perjudicarán más. Si los saben interrogar bien, quizá puedan descubrir el escondite del oro. *Sheriff* Martin, le hago responsable de ellos.

Dejando a los cuatro bandidos ante el *sheriff* y sus comisarios, *El Coyote* volvió grupas y entre las aclamaciones de la multitud partió al galope. Un momento más tarde había desaparecido. Tras él quedaba una tormenta en plena formación.

Capítulo VIII

Expiación

Jedd Truman vio alejarse al *Coyote* y se dio cuenta de que había estado pasando el mayor terror de su vida. Clavó la mirada en los cuatro bandidos y el terror volvió a atenazarle la garganta. Cada uno de aquellos cuatro hombres le conocía, podía pronunciar su nombre y hundir todo el edificio de su ingenio.

-¿Por qué hemos de esperar a que se les juzgue? -dijo, dirigiéndose a los hombres que estaban junto a él-. ¿No tenemos una ley mejor contra ellos? La del juez Lynch. Una cuerda y un árbol. Era una chispita insignificante; pero prendió en un

momento en aquel ambiente propicio, convirtiéndose en destructor incendio que envolvió a los cuatro bandidos y los arrancó de la protección del *sheriff,* que no pudo hacer nada por ellos. Los gritos de los infelices se ahogaron en medio del clamor de los hombres ansiosos de imponer una justicia primitiva y salvaje.

Aquel clamor fue en continuo aumento y culminó en un alarido que se fue calmando poco a poco, mientras un árbol de recio tronco mostraba el fruto de la ley de Lynch, o sea la ley del Oeste salvaje.

* * *

Cuando dos horas más tarde Jorge Azcón llegó a Látigo y su mirada encontró las muestras de aquella bárbara justicia, un escalofrío le recorrió el cuerpo. A James Kalz lo había visto pocas horas antes lleno de vida. Ahora sus ojos sin luz le miraban desde el más allá.

Jorge tuvo que apoyarse en una valla de madera, porque las piernas se le doblaban como si no fuesen capaces de sostener su culpa.

-¡Dios mío! -susurró.

Cuando todos se retiraron a descansar, allá en el parador, él había entrado en el cuarto y se había detenido junto al cadáver de Alicia. Como si le tuviera junto a él, oyó al *Coyote* repitiéndole las palabras que el enmascarado le dirigiera en San Francisco: «Sólo el camino recto es bueno. Si la justicia humana no te castiga, te castigará la justicia divina, cuyos golpes son mucho más horribles porque a veces nos hieren de rechazo en los seres a quienes más queremos. Piensa en Alicia... tal vez algún día sea ella la que te castigue.» Las recordó con tal exactitud que tuvo la impresión completa de que *El Coyote* se hallaba a su lado. El pronóstico se ha cumplido. Y ante él estaba la mujer a quien él tanto había amado. Sin embargo, él era su asesino. Tan asesino como si hubiera disparado el revólver que terminó con la vida de Alicia.

Inclinóse, tímidamente, como si fuera a cometer un sacrilegio, y acarició la mano de la muerta. Estaba helada. ¡Tan distinta de cuando su dueña estaba llena de vida!

Salió del cuarto y salió también del parador. Notaba que una fuerza le impulsaba lejos de allí, lejos del cuerpo de su víctima y del escenario de su crimen.

-¡Dios mío! Perdón... perdón.

Sabía que no merecía ningún perdón, y porque le habían enseñado que Dios siempre perdona no quiso seguirle pidiendo piedad. Tenía que hacer algo. Tenía que purgar su crimen...

Caminaba con paso mecánico, incansable, sin notar ni el contacto del suelo, siempre en dirección hacia Látigo, sin darse cuenta de que iba hacia allí.

Cuando al cabo de dos horas hallóse a la entrada del pueblo, quedó hondamente turbado. ¿A qué había ido allí? Trató de recordar. Había caminado sin haber tomado ninguna decisión. Fue hacia allí como hubiese podido dirigirse hacia Cordillera.

De súbito comprendió a qué había ido. Jay Martin, el *sheriff,* le había pedido su ayuda. Él nunca se la otorgó; pero ahora todo había cambiado. Ahora le diría quiénes eran los bandidos y le daría la oportunidad de coronar con un ruidoso triunfo aquellos años de perseguir en vano a los salteadores.

Cuando vio que la justicia se había ya cumplido, quedó sin saber qué hacer. Con un esfuerzo miró los cuatro cadáveres. ¡No! No estaba entre ellos el peor, el del jefe... Aún le quedaba un triunfo...

Volvió sobre sus pasos y encaminóse a la oficina del *sheriff.* Había luz dentro de ella y cuando llamó, Jay Martin, en persona, le abrió la puerta.

-¡Oh! ¿Es usted, señor Azcón? ¿No estaba...?

-Sí, iba en la diligencia cuando la asaltaron -replicó Jorge-. Venía a decirle quiénes eran los bandidos...

-Ya nos lo trajo un hombre. *El Coyote.*

-¿El Coyote? ¿Él?

-En persona. Me entregó a los cuatro bandidos que quedaban; luego se marchó y aunque yo quise defenderlos, el pueblo estaba tan furioso que los arrancó de mis manos y los ahorcó...

-Pero falta uno -murmuró Jorge-. El peor de todos.

-¡Eh! ¿Qué dice?

-Falta el jefe y... yo sé quién es. He venido a decírselo.

-¿Quién es? -preguntó Martin, visiblemente excitado-. ¡Pronto, dígame quién...! Pero, ¿cómo puede usted saberlo?

-Porque yo era cómplice de esa banda -replicó Jorge, con cansado acento, como quien ya no siente interés por nada, ni por la propia vida.

-¿Usted cómplice de la banda? -tartamudeó Martin.

-Sí. Yo les facilitaba los informes. Ahora, si usted quiere, podrá detener al principal culpable.

-¿Quién es?

-Jedd Truman.

-¡Imposible! -exclamó el *sheriff-.* Está usted loco...

-Es él. Oculta su piel de lobo bajo una de cordero; pero es el más culpable de todos.

-No puedo creer que Jedd Truman, uno de los hombres más importantes de Látigo, sea... Sin embargo... ahora que lo dice... Me pareció que él fue quien incitó a la gente a ahorcar a aquellos hombres... Lo debió de hacer para impedirles hablar.

-Vaya a detenerle, *sheriff.*

-¿Qué le ha ocurrido a usted? -preguntó Martin-. ¿Por qué hace esto ahora y no lo hizo antes?

-Mi prometida fue asesinada por esos bandidos -replicó Jorge.

-¡Ah! Comprendo.

Jay Martin se puso en pie y dio unos pasos por la estancia. Iba pensativo, como abrumado por lo que acababa de averiguar.

-¿Se da cuenta de lo que tendrá que hacer? -preguntó, al fin-. Usted tendrá que declarar su culpa para poder acusar a Truman.

-Estoy dispuesto a todo. Ya nada me importa.

-¿Quiere acompañarme a casa de Truman? Le detendré y puede que al verle a usted él diga algo que le comprometa. Soy casi un viejo, muchacho, y he aprendido a perdonar las locuras de la juventud. Quisiera, si fuese posible, evitarle un castigo material.

-Mi castigo moral es demasiado terrible para que me importen los demás castigos.

-Vamos. De veras le compadezco.

Jay Martin cogió su sombrero, comprobó si su revólver estaba cargado y saliendo de la oficina cerró la puerta. La calle estaba desierta y oscura. Los dos hombres se dirigieron hacia el almacén de Truman. Sus pasos resonaban como si los ecos se hubieran endurecido. Un gato negro cruzó, espantado, frente a ellos. Jorge sonrió pensando en la superstición que anuncia muerte cuando un gato negro...

-Aún debe de estar despierto -dijo Martin, señalando el almacén de Truman, una de cuyas ventanas aparecía iluminada.

Cruzaron la calle y Jay Martin llamó a la puerta. Transcurrieron unos minutos y por fin se oyó la voz de Jedd Truman que preguntaba:

-¿Quién?

-Soy Martin -contestó el *sheriff-.* Se me ha roto la pipa y me estoy muriendo de ganas de fumar.

-Ya abro. Un momento.

Se oyó al otro lado el descorrer de unos cerrojos y por fin la puerta se abrió, apareciendo en ella Jedd Truman. Al ver a Jorge el hombre lanzó una exclamación de asombro.

-¿Qué hace usted aquí, señor Azcón? -preguntó.

-Entremos -interrumpió el *sheriff-.* Lo que hemos de decir no debe oírse en la calle.

-Pero... No comprendo...

Martin empujó hacia atrás a Truman y cerró la puerta tras él, después de haber hecho entrar a Jorge. .

-¿Qué significa todo esto...? -empezó Truman.

-¡Asesino! -gritó Jorge-. ¡Quisiera tener valor para matarle con mis manos lo mismo que usted hizo asesinar a mi Alicia...! ¿Cómo puede usted ser tan canalla? *Sheriff,* deténgale y...

Jorge se había vuelto hacia Jay Martin y se interrumpió, aturdido, al ver el cambio que se había operado en el noble rostro del *sheriff de* Látigo. Su expresión era la de un odio infinito, mientras levantaba el revólver que había desenfundado.

-¿Qué...? -empezó Jorge.

El disparo ahogó su voz y cortó su vida; luego, guardando el arma, Jay Martin se volvió hacia Truman, diciendo:

-¡Fuiste un imbécil! Desde el primer momento comprendí que ese hombre era un ser débil que no estaba capacitado para el trabajo que requeríamos de él.

-No teníamos otro a mano, jefe -protestó Jedd Truman-. Y, mientras tanto, nos ha sido muy útil.

-Pero hoy venía dispuesto a denunciarte. Casi estuve a punto de hacerle caso y dejar que el pueblo repitiera en ti lo que hizo con los otros.

-Yo no hubiese callado -amenazó Jedd-. Aunque nadie más te conoce, yo habría dicho que tú eras el...

-Ya sé lo que puedes decir -replicó Jay Martin, tirando a los pies de Truman el revólver con que había asesinado a Jorge-. ¿Conoces ese revólver? -preguntó luego.

Jedd miró al suelo y lanzó una exclamación.

-Es mío... -tartamudeó-. ¿Qué pretendes?

Cuando miró al jefe supremo de los bandidos, le vio empuñando otro revólver. Quiso gritar y no pudo, porque sonaron dos disparos y Jedd Truman doblóse como partido por la mitad. Cayó de rodillas y quiso empuñar el arma que estaba en el suelo. Logró cogerla; pero ya no quedaba vida en su cuerpo, y con un último estertor cayó contra el polvoriento entarimado. Ni siquiera llegó a oír las últimas palabras que le dirigió el hombre a quien tan sumisamente había servido:

-¡Imbécil! ¿Creíste que iba a compartir contigo el oro?

Dejó caer el otro revólver junto al cuerpo de Jorge Azcón. El plan era magnífico y había sido desarrollado hasta el menor detalle. Todos crearían que Jorge Azcón había hecho dos disparos contra Jedd, hiriéndole en el vientre, pero dejándole la suficiente vida para que Jedd pudiese atravesarle el corazón de un balazo. La explicación sería muy sencilla. Dos cómplices se habían peleado por el botín. Y los dos habían muerto.

Jay Martin salió de la tienda. No se oía nada. Sin duda los tres disparos quedaron ahogados dentro de la casa. El *sheriff* sonrió. Estaba muy contento. Aquél había sido el más espectacular y mejor de los finales. Todos habían muerto, pero él quedaba limpio de culpa y de sospechas.

Regresó a su oficina. Había dejado la luz encendida, y si alguien pasó ante ella debió de suponerle trabajando. Entró en el edificio y cerró la puerta. Se detuvo un momento ante el espejo del botiquín y sonrió a la imagen reflejada en el cristal.

-Más vale tener cara de hombre honrado que ser un hombre honrado -comentó.

Aseguró las puertas, apagó la luz y fue a tenderse en un camastro. Ni por un momento dudó de que se dormiría en seguida. Y así fue.

Capítulo IX

Retorno

A la mañana siguiente se advirtió en el parador 125 la ausencia de Jorge Azcón. De Látigo habían llegado caballos y otro carruaje, en el que fueron colocados los cadáveres de Jules y Alicia. Cuando, a pesar del tiempo transcurrido, no apareció Jorge, se decidió partir sin él.

Don César ayudó a doña Pura a subir a la diligencia y se emprendió la marcha hacia Látigo. Los que habían llegado de allí anunciaron la intervención del *Coyote* y el castigo de los bandidos; pero no pudieron dar a Nickels ninguna esperanza acerca de su oro.

El viaje transcurrió en silencio. Nadie sentía deseos de hablar y casi parecía que cada uno de los viajeros lamentara la presencia de los otros.

César de Echagüe fumaba un cigarro, sin preocuparse, por una vez, de si había alguna dama cerca. Y en cuanto a doña Pura, tenía demasiadas preocupaciones para molestarse por un poco de humo. ¡Menuda polvareda se armaría en Los Ángeles cuando se supiera la muerte de Alicia!

Don César preguntábase qué habría sido de Jorge. Estaba casi seguro de que el joven había marchado a Látigo con algún fin; pero le extrañaba que los que aquella mañana habían salido de la población no hubieran dicho nada.

Entraron en Látigo y por la multitud que se agolpaba frente al almacén de Jedd Truman era fácil comprender que algo había ocurrido. Casi antes de que la diligencia se detuviese, los viajeros supieron la noticia.

-¡El señor Azcón y el señor Truman se mataron a tiros!

Jay Martin explicó a Nickels lo sucedido.

-Sin duda el muchacho debió de sospechar de él y ayer noche o esta madrugada vino y disparó dos tiros contra Truman. Pero no le mató en el acto y Jedd Truman tuvo tiempo de atravesarle el corazón. Encontramos a Truman empuñando el revólver con que mató a Azcón. ¡Pobre chico!

-¡Dios mío! ¡Esto es espantoso! -chilló doña Pura.

César de Echagüe bajó de la diligencia y acompañado de Nickels y de Martin entró en el almacén, cuyas puertas estaban guardadas por unos cuantos agentes del *sheriff.*

-¡Pobre Azcón! -comentó Nickels, quitándose el sombrero-. Sin duda quiso vengar a su novia.

-Eso hemos creído nosotros -dijo Martin-. Hemos encontrado bastantes pruebas

de la culpabilidad de Truman. Era el jefe de la banda.

-¿Y el oro? -preguntó Nickels. ,

-Hemos recuperado unos sesenta mil dólares en lingotes. El resto debe de estar escondido en algún sitio; pero temo que los únicos que conocían el escondite hayan muerto y ya no pueda descubrirse nunca.

-Por lo menos usted ha salido triunfante -dijo Nickels al *sheriff-.* Le felicito.

-Pero nunca imaginé que Truman fuese un bandido. A no ser por las pruebas que hemos encontrado, no sospecharía...

-Estaba bien disfrazado -sonrió César de Echagüe-. Y la gente de California se olvida de que en un tiempo fue española y olvida, también, los sabios refranes de nuestra madre patria. El hábito no hace al monje. Eso debe tenerlo en cuenta un *sheriff,* señor Martin.

Tras una pausa, César siguió:

-Pensaba llevar a Los Ángeles el cuerpo de Alicia; pero habiendo ocurrido esto creo que será preferible que los enterremos juntos aquí. Ya convenceré a mi prima de que era lo mejor que se podía hacer. Con su permiso, me marcho. Tengo muchas cosas que hacer. La primera, quitarme de delante a esa llorona de doña Pura.

Aquella tarde, mientras la dama de compañía regresaba a San Francisco, César de Echagüe acompañaba hasta su última morada los cuerpos de Jorge Azcón y de Alicia Paredes. Guardó unas flores de las que crecían junto a la sepultura para dárselas a la madre de Alicia. Luego, a la mañana siguiente, don César emprendió también el regreso hacia San Francisco; pero no en la diligencia, sino en el coche que, conducido por Matías Alberes, había llegado después de una larga serie de peripecias.

Látigo volvía a quedar en paz. Tía Adelaida ni se enteró de lo ocurrido. El médico insistió en que la noticia de la muerte de su sobrina podría afectarla peligrosamente.

Aquella noche, Jay Martin, al encender su pipa, sonrió. *El Coyote* se había cruzado en su camino y ni le había visto. La fama del enmascarado había sufrido un rudo golpe. Claro que él no se iba a molestar en anunciarlo. Si alguien alababa al *Coyote* en Látigo, ese alguien era el *sheriff.*

Capítulo X

La victoria del *Coyote*

Pero la tranquilidad le duró muy poco a Jay Martin. Sólo el tiempo necesario para ir trasladando a su casa el oro escondido en el bosque. Cuando el último lingote de la fortuna robada estuvo en su oficina, encerrado en un cuarto cuya puerta estaba blindada, Jay Martin recibió una nota que le trajo un muchachito. La abrió, sin imaginar ni remotamente la sorpresa que le aguardaba. Antes de llegar al final, sintió como si una mano de hielo se cerrase en tomo de su corazón.

Jay Martin: Yo también sé la verdad y no me dejaré asesinar. He llegado esta noche a Látigo, directamente desde Salt Lake City. Vengo a recoger mi parte del

oro robado. Jedd me lo contó todo, porque temía que algún día le matases. Ve en seguida al parador de la diligencia. Allí te aguardo. Pero no vayas con la idea de que puedes engañarme. No lo harás.

DANIEL HOBART

-¡Aún quedaba uno! -murmuró-. Si lo hubiera sabido a tiempo...

No había un momento que perder. Iría al encuentro de Hobart; pero no le daría oro... Cogió un Winchester e introdujo una bala en la recámara; luego, cogiendo otro sombrero que pertenecía a uno de sus presos, Jay Martin salió de la cárcel y marchó hacia el parador. Al llegar a un centenar de metros del mismo se detuvo, asombrado. Sentado junto a la puerta, bajo un farol de petróleo, y leyendo un periódico, estaba Daniel Hobart.

Un violento temblor sacudió el cuerpo del *sheriff.* No cabía duda. Aquel era Hobart, y le estaba aguardando en el mejor de los sitios para...

Jay Martin levantó lentamente el percutor del rifle y...

Daniel Hobart no se dio cuenta de nada. Sintió un golpe en el pecho y perdió la noción de las cosas y de la vida. Cayó de la silla y quedó tendido en el umbral de la puerta.

El *sheriff* retrocedió hacia un callejón cercano tratando de ocultar el rifle para acudir luego a examinar el cadáver y apoderarse de las pruebas que pudiera llevar encima el muerto y que pudiesen comprometerle.

Se oían voces. Nervioso, Jay tiró el rifle a un rincón y quiso volver a la calle Mayor. Un grito de ira brotó de sus labios al ver que un grupo de hombres le cerraba el paso. Pero sobre todo le aterró ver, al frente de aquellos hombres, a uno vestido de mejicano, con el rostro cubierto por un antifaz negro.

-¡El Coyote! -gritó.

-Doce testigos te han visto matar a tu cómplice, Martin -dijo *El Coyote-.* Ahora ya saben todos quién asesinó a Jedd Truman y al pobre Jorge Azcón, que había logrado descubrir quiénes eran los jefes de los bandidos.

Jay empezó a comprender. *El Coyote,* por algún ignorado motivo, quería hacer pasar a Azcón por un hombre honrado... Ya nada importaba. Se daba cuenta de que estaba descubierto, de que había caído en una trampa, de que podía encontrarse el oro robado... Pero al menos mancharía para siempre la memoria de Jorge Azcón. Si *El Coyote* quería hacerle aparecer como un héroe...

-Bien -dijo-. Fuiste muy listo, *Coyote,* pero si crees que podrás ocultar lo que fue en realidad Jorge...

El Coyote adivinó la intención de Martin.

-Un momento -interrumpió-. No sigas hablando, o te mataré como a un perro rabioso. Te concedo la oportunidad de empuñar tu revólver y defenderte. Apartaos todos.

-¡No! -chilló Jay Martin-. Yo diré la verdad. Diré quién era ese...

Nadie vio cómo *El Coyote* empuñaba su revólver. El movimiento desafió a la más aguda de las miradas; pero, de pronto, de la mano del enmascarado brotó una llamarada y la voz murió en la garganta de Jay Martin, que durante unos segundos aún quiso mantenerse en pie, como si le horrorizara la idea de que iba a caer para siempre en el fango en que hasta entonces había vivido. Por fin, con un estertor que terminó en un gemido, rodó por tierra y quedó de espaldas en un charco de agua, con los ojos sin luz reflejando las estrellas del firmamento.

-Tuve que hacerlo -dijo *El Coyote,* volviéndose a los demás-. Debía proteger la paz de unos seres inocentes y que han sufrido muchísimo.

Sam Nickels adivinó la verdad. *El Coyote* se refería a los padres de Jorge

Azcón; pero también él corrió un piadoso velo sobre la memoria del muerto.

-Todo fue muy fácil -siguió *El Coyote-.* Jay Martin tenía unas minas que no valían nada; pero le servían para remitir oro a los bancos de San Francisco. Era una tapadera. En su oficina encontrarán el restante oro robado. Seguramente usted podrá identificarlo, Nickels, si hizo lo que le aconsejé.

-Sí que lo hice -replicó el gerente-. Y me salva usted, pues ya iba a presentar mi dimisión...

-No la presente ni me dé las gracias. Hoy he matado a dos hombres, y no me gusta el oficio de verdugo.

-¿A quién más ha matado? -preguntaron varios de los allí reunidos.

-Hobart vino a Látigo creyendo que Martin le llamaba. Recibió una carta que parecía de él; pero que escribí yo. Y Martin recibió una carta de Hobart que en realidad le envié yo. Era lo que hacía falta para descubrirle, hacerle castigar a Hobart y cerrar sus labios. Ahora, adiós. Y en adelante procuren mantener la ley y el orden en Látigo. Ya no tienen bandidos, ni *sheriff,* pero no creo que les cueste mucho encontrar uno mejor que Jay Martin.

Nadie replicó. Cuando *El Coyote* echó a andar, todos se apartaron para cederle el paso. Había un premio de cincuenta mil dólares para quien entregara vivo o muerto a aquel hombre. Sin embargo, nadie intentó ganarlo.

La alta figura del *Coyote* se fue perdiendo por la mal alumbrada calle, en dirección al sitio donde había dejado su caballo cuando se dispuso a anunciar a todos que iba a entregarles al verdadero jefe de la banda.

Cuando montó, la luz de un farol cercano reflejóse en la culata de uno de sus revólveres. Luego se oyó el galope del caballo, amortiguado por el barro que llenaba la calle, y, por fin, ya no se oyó nada.

Después de su victoria, *El Coyote,* como un ser de la noche, se fundía con la oscuridad sin dejar otra huella de su paso que la de su inexorable justicia.

jlv